



UNA **MENTIRA**
DE
alto Standing

Ariadna Baker

UNA MENTIRA
DE
alto Standing

Ariadna Baker

Una mentira de alto standing

Ariadna Baker

Todos los derechos reservados.

1ª Edición: Diciembre, 2020

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



—¡Ya voy, Eric, amor! ¿Te estás quemando?

—No, mamá. —Se rio como solo él sabía hacerlo, con esa sonrisa de oreja a oreja que me recordaba cada día por qué debía sentirme la mujer más afortunada del mundo.

—¿Quién es el bichito más impaciente del globo? —Le hice cosquillas y volví a pensar que aquella risa bien valía cualquier esfuerzo que yo tuviera que hacer, por mucho que a veces mi día a día me pareciera titánico.

Cualquiera que mirase a mi alrededor no lo entendería. Aquel maravilloso ático de 300 metros cuadrados en uno de los edificios más modernos de Madrid valía una pasta gansa. Suerte que ese sí que lo pagamos durante mi matrimonio con Edu, que ya era agua pasada.

Edu, o Eduardo Manostijeras, como yo solía referirme a él cuando estaba de cháchara con mi amiga Sofía (dado que todo lo que tocaba terminaba hecho jirones), había sido mi marido hasta un año antes.

Un buen día, después de volver de un viaje de negocios a Nueva York, me comentó que su secretaria y él mantenían una relación “un poco más estrecha” de lo que podría considerarse meramente profesional, lo que se tradujo en que a mí me fueran dando, más o menos, por donde amargan los pepinos.

Me quedé petrificada porque yo estaba enamorada de Edu como el primer día y jamás había

sospechado que una cosa así me pudiera suceder a mí. De hecho, a ojos de todas nuestras amistades, éramos la pareja perfecta; tan monos y amorosos.

Lo que yo no sabía entonces era que hasta las “parejas perfectas” podían irse al garete de la noche a la mañana, con tal que soplara un aire un poco más fuerte del habitual.

Lloré a mares ante aquella confesión que no tardó demasiado en hacerme. Marga, que así se llamaba su secretaria, lo esperaba ya en su casa, pues lo suyo estaba más avanzado de lo que parecía; como un tumor que se extendía a mi alrededor sin que mis ojos hubieran podido detectarlo.

La nueva parejita de moda se instaló en plena Moraleja poco después y yo maldije mi suerte; una década perdida a su lado, de los dieciocho a los veintiocho... Bueno, decir perdida sería escupir al cielo, que para eso tenía a mi pequeña joya de la corona; mi Eric, que contaba con seis añitos.

No hace falta calcular demasiado para comprobar que lo tuve muy joven, a los veintidós. Probablemente fue engendrado en la noche de mi graduación en Derecho cuando Edu y yo caímos en aquel hotel, borrachos como piojos.

Digamos que mi padre, que era diplomático y que vivía un tanto de cara a la galería, no tomó aquello nada bien. Y no porque el chico no fuera de lo que llaman “de buena familia”, que era hijo de uno de los principales asesores de una de las compañías de electricidad más célebres del país, sino porque ya apuntaba maneras, según él.

Yo no veía aquellas maneras por ninguna parte, sino solo a un joven enamorado que puso el mundo a mis pies. De hecho, cuando me quedé embarazada, no tardó en pedirme matrimonio. Nos casamos antes de que Eric naciera, así de fuerte, aunque de mi padre no hubo rastro en aquella boda.

Meses antes habíamos tenido una fortísima discusión y ambos nos retiramos la palabra. Tan

orgullosos fuimos que ni él volvió a dar señales de vida en los siguientes años ni yo tampoco. Hubiera esperado una llamada por su parte cuando nació Eric, pero en mi teléfono no se registró y no creo que lo hiciera a través de un vaso de yogur con un hilo, como solían hacer los niños antiguamente.

Desde entonces mi padre estaba desaparecido en combate pues, al jubilarse, dado que ya me tuvo con cuarenta años, se había marchado a vivir a Suiza. Por aquel entonces me enteré de que había rehecho su vida con una marquesa llamada Águeda y que les iba bastante bien.

De aquello sí que me alegré mucho, pues el hombre apenas había tenido ninguna relación seria desde que mi madre murió, cuando yo contaba con dos añitos. Ya era hora de que fuera feliz como una perdiz y de que me dejara serlo a mí.

Mi vida con Edu, en ese instante podía por fin verlo, había sido un engaño bobos como otro cualquiera. Para mí que todo iba sensacional, pero, cuando nos separamos, algunos de esos “amigos” de nuestro círculo empezaron a darle al pico y me dijeron que yo había tenido más cuernos que un ciervo.

Entrecomillo lo de amigos porque ese tipo de personas siempre me han parecido correveidiles al uso. Mi verdadera amiga era Sofía, una especie de hermana a la que conocí en mi época del instituto, que se convirtió en mi tabla de salvación desde que me separé.

El verdadero problema fue que mi ex estableció una contienda legal de categoría a raíz de nuestra separación. Por lo que pude saber, Marga era la ambición en persona y le apretó bien las tuercas.

—Yo he sido una tonta, siempre creí en tu palabra de que debía dedicarme en cuerpo y alma al niño durante sus primeros años y que no nos faltaría de nada, ¿y ahora qué? —le pregunté cuando puso sobre la mesa de mi abogado aquella propuesta de convenio que no podía ser más penosa para mí.

—Tendrías que haber espabilado antes, Dafne, el mundo es como una jungla, ahora lo comprobarás...

Si el mundo era una jungla, él era el rey de las hienas. Su único propósito era sacar la máxima tajada de aquel divorcio a costa de cortarnos el grifo a tope a Eric y a mí.

No quiero que se me malinterprete. Ciertamente que fui una incauta al creer en su palabra y al dedicarme a nuestro matrimonio y al niño, pero siempre tuve en mente volver a trabajar pronto. El caso es que cada vez que lo intentaba, Edu me decía que esperara un poco más, a que Eric fuera algo mayor y entonces podría incorporarme con él en la compañía en la que también ocupaba un altísimo cargo ya por aquel entonces, tras la jubilación de su padre.

Tonta de mí, porque lo que no quería mi marido bajo ningún concepto era que yo metiera las narices en sus asuntos. Y, como dinero era precisamente lo que le sobraba, prefería tenerme en una jaula de oro a salvo de comentarios...

Sí, de comentarios porque, según pude enterarme más tarde, lo de Marga no es que hubiera sido una raya en el agua; ni mucho menos, como ya he explicado. Él llevaba toda la vida corneándome y yo queriéndole, ahí radicaba la diferencia entre ambos.

Una vez se hubo marchado, él se quedó con nuestra casa de la sierra, que también teníamos pagada y a mí me hizo “el favor” de que me quedara con el ático, más cómodo para poder hacer vida en la capital.

¿Qué voy a contar de los gastos que soportaba al mes? Pues que las facturas comenzaron a amontonarse, pues una casa así no se mantenía sola y Eric iba no solo al mejor colegio, sino a todas las extraescolares habidas y por haber en el ambiente más selecto de la ciudad.

Que a mí se me hubiera caído el mundo encima valía; pero que a mi hijo le fuera a faltar de

nada, por ahí sí que no iba a pasar, ni muchísimo menos.

Edu, dada su posición económica, no es que pudiera echar balones fuera del todo, pero sí todo lo que pudo y un poco más... Se rodeó de su equipo de abogados y recurrió a todas las triquiñuelas legales existentes para pasarle al niño una pensión que, si bien no era baja, tampoco servía para cubrir ni la mitad de sus gastos.

En cuanto a mí, dado que el contencioso estaba en ciernes, no logré ningún tipo de pensión compensatoria. Y si en su momento llegaba, dada mi edad, no sería para tirar cohetes; máximo de un año, me comentó mi abogado, que no era ni la mitad de bueno que el suyo.

La idea estaba muy clara; debía mover ficha a toda velocidad y lo hice en nuestro círculo, no tardando en comprobar que en su día cometí el error de hacer el suyo, mío... Pero en el fondo eran sus amigos y, con una sonrisita socarrona, uno a uno me fue dando con la puerta en las narices cuando acudí con mi título a buscar ayuda. Yo me había especializado en Derecho Mercantil, pero de poco me sirvió.

El tercer mes que vi que la montaña de facturas almacenada iba a llegar al techo, pensé que ya era hora de hacer cualquier cosa con tal de que la situación no se me fuera de las manos.

Por extraño que pueda sonar, mi primer cliente fue el jefe de un bufete al que acudí a buscar a trabajo, cuando mi círculo al completo me dio de lado.

—No puedo ayudarte en eso, pero si te ocurre alguna otra manera de que pueda aliviar tu situación, no tienes más que decírmelo—me comentó y la forma en la que me miró me confirmó que yo no estaba loca ni tergiversando sus palabras; me estaba ofreciendo dinero a cambio de sexo.

La tonalidad de mi cara debió pasar por distintos grados de colorado antes de que me levantara y saliera de aquel despacho disparada. Sin embargo, días después me llegó un mensaje recordándome que su oferta seguía en pie, por si me lo había pensado mejor.

Tonta de mí (ya que tuve que comprarme otro), estrellé mi móvil contra la pared por la furia que sentí. ¿Cómo se podía ser tan despreciable?

De buena gana hubiera vendido el ático en aquel momento y me hubiera refugiado en cualquier otro lugar, lejos de nuestro entorno y de Edu... Total, para lo que se estaba encargando del niño... lo justo y necesario. Y si podía ser algo menos, mejor que mejor.

Pero no tenía esa posibilidad; hasta que no tuviera la sentencia de divorcio en mi mano no podía vender ni un alfiler que tuviera en el costurero, por lo que me vi cogida de pies y manos.

Andrés, que así se llamaba quien me había hecho la oferta que tanto asco me dio, insistió varias veces antes de que yo diera mi brazo a torcer.

Ocurrió en una semana en la que estaba de lo más apurada. En el elitista colegio al que existía Eric se había organizado un campamento que no era precisamente barato y yo no tenía ninguna liquidez con la que afrontar su importe. Edu se negó a aportar ni un euro y me llamaron de dirección.

—Dafne, entendemos que no estéis pasando por vuestro mejor momento, pero si no tengo en unos días el ingreso hecho, Eric se quedará en tierra.

El director era Alfonso, amigo de mi familia de toda la vida y que se mostró condescendiente con mi situación, pero las cosas tenían un límite y el pago había de ser satisfecho.

—Alfonso, si pudieras darme unos días más... Edu paga lo justo para los gastos básicos y todo esto se me está haciendo un mundo.

—Puedo darte una semana, ni un día más. Lo siento, Dafne, yo soy el director, pero estoy sometido también a muchas presiones...

Se lo agradecí en el alma, pero tenía que moverme de prisa. Ese mismo día llamé a Andrés.

—¿Sigue en pie tu oferta?

—Por supuesto, Dafne.

No le di ni los buenos días, comencé la conversación como elefante por cacharrería.

—¿Cuánto estarías dispuesto a pagarme? —le pregunté con la más temblorosa de las voces.

—La pregunta no es esa sino, ¿cuánto estarías tú dispuesta a complacerme?

—No me asustes, no sé a lo que te refieres.

—No te preocupes, no soy un perverso ni tengo gustos raros ni nada parecido. Un tanto caprichosillo y excéntrico, quizás... Me pierde la lencería fina, el tacto suave, los olores sugerentes...

Dentro de lo malo, pues yo estaba sintiendo náuseas, sus gustos eran elegantes. Y él era un tipo de unos cuarenta y cinco años súper bien cuidado y atractivo hasta decir basta.

—Si es así, quizás...—El nudo de mi garganta dificultaba mi habla.

—Pon el precio que quieras y no se hable más, te adelanto que puedo ser muy generoso.

Desde luego que lo fue... Acordamos aquel primer encuentro fuera de Madrid, una tontería porque ¿quién me iba a ver tras los muros de una casa u hotel? Aun así, me daba pánico que aquello llegara a oídos de alguien de nuestro círculo. De ocurrir, Edu lo utilizaría como arma arrojada contra mí y eso podría hacerle mucho daño a Eric en el futuro... Dañar a mi hijo era lo que quería evitar a toda costa.

Nos encontramos en Segovia y he de reconocer que Andrés me trató con todo mimo. Prefiero no entrar en detalles escabrosos, pero no fue para nada descortés y además todo se produjo en un ambiente de lo más exclusivo. A partir de aquel día lo entendí; me había convertido en prostituta de alto standing. Por necesidad, pero lo había hecho.

Capítulo 2



Levanté a Eric, le di el desayuno y lo vestí con su flamante uniforme para ir al cole.

—Mamá, a Jacobo le van a comprar un caballo, ¿lo sabías?

—Sí, cariño, me lo comentó su mami. Se lo van a comprar por su cumple. —Sudores fríos sentí, pues mucho me temía lo que venía detrás.

—Mamá, yo también quiero un caballo como el de Jacobo porque, si no voy a tener un caballo, ¿para qué quiero dar clases de equitación?

—¿No te gustan ya las clases de equitación, cariño?

—Sí que me gustan y mi entrenador Juanpe dice que soy muy buen jinete, pero ¿si no voy a tener un caballo para qué quiero serlo?

Es lo que tenía Eric, que o le encajaban las piezas o podía darle cantidad de vueltas hasta que lo hicieran. Yo no había conocido a un niño más inteligente en mi vida y encima era de lo más observador, no se le iba una.

—Bueno, tiempo al tiempo, hoy por hoy mamá no puede comprarte un caballo, pero quizá pronto cambien las cosas, cariño.

—¿Y papá? ¿No puede comprármelo, papá?

—Papá también tiene muchos gastos, mi vida—le expliqué camino del cole pensando que ojalá los tuviera en farmacia, para el ardor de estómago, porque a ese sí que le salían los billetes por la punta de las orejas. Y a su hijo que lo zurcieran...

—Pues Marga le estaba diciendo el otro día a sus amigas que el anillo que le había regalado papá costaba un ojo de la cara. ¿Un ojo de la cara es caro, mamá?

Ya tenía yo la mañana bien dada. No los partiría un rayo a los dos, que no podían ser más hijos de mala madre...

—Sí, cariño, pero que igual se lo había comprado ella, que también trabaja y tiene su dinerito—le dije para que no tomara mal concepto de su padre, pues lo último que quería era que se sintiera desatendido.

—¡Qué va, mamá! Si les dijo que ella no habría podido pagarlo ni trabajando un montón de años y todas las demás se echaron a reír así...

Eric imitó la risa tonta de todas las amigas de Marga y yo le chillé que me lo comía allí en su silla.

Ese era el pan nuestro de cada día, noticias que me llegaban de que aquellos dos nadaban en la abundancia. Algo valía que yo me las había arreglado para que a nosotros no nos faltase de nada, que si no...

Despedí a Eric en la puerta del cole y me fui a buscar a Sofía. Las dos acudíamos al mismo gym todas las mañanas, pero antes nos tomábamos un buen desayuno en una terraza

cercana.

—¿Qué te parece? El niño ahora quiere un caballo, a ver quién lo baja del burro—le dije echándome las manos a la cabeza.

—¿Pero en qué quedamos? ¿Se quiere subir en un caballo o en un burro?

—Pero ¿tú le has visto a mi Eric pinta de Sancho Panza? En un corcel blanco se va a montar mi niño. Por la gloria de mi abuelo que yo no lo dejo sin caballo solo porque a su padre le dé la gana.

—Ten cuidado, Dafne, te lo estoy diciendo, me da bastante miedo todo esto.

—Ya lo sé, Sofi, no es el trabajo de mi vida, pero hoy por hoy es lo que me permite vivir sin tener que bajar el ritmo y sacar a Eric de su círculo.

—Ok, ok, pero eso son habas contadas, ¿o te ves trabajando de lo mismo a los sesenta?

—Hombre, esa sería señal de que soy un fenómeno de la naturaleza, no me fastidies...

—Pues eso...

—Oye, que yo sé que tú eres súper previsor, pero que me queda tela para eso, Sofi...

—Da igual, Dafne... Debes permanecer en ese trabajo el mínimo tiempo posible, ¿tú te has planteado que mientras sigas ahí no vas a poder rehacer tu vida?

—¿Con un hombre dices?

—No, con el burro ese de Sancho Panza al que aludiste antes... Pues claro, Dafne, con un hombre, ¿o piensas que existe alguno que vaya a tragarse el sapo de que trabajes de eso?

Sofía tenía la delicadeza de no ponerle jamás nombre a lo mío, pero siempre me estaba insistiendo en que saliera de ahí volando.

—Si yo lo último que quiero es rehacer mi vida con ninguno, sabes que me he vuelto muy desconfiada.

—Pues no deberías, los hay maravillosos y lo sabes.

—Ah, ¿sí? Pues es la primera noticia que tengo, ¿tú has conocido a alguno?

—Ese ha sido un golpe bajo y lo has hecho adrede, que a mí no me haya ido bien en el amor no quiere decir que a otra gente le haya pasado como a mí.

—Sí, sí, hasta que se den de bruces con la realidad. Yo también creí estar felizmente casada hasta que la muerte nos separara, no sabía yo que la muerte se llamaba Marga...

—Ea, ya volviste a sacar el sarcasmo a pasear, te he dicho mil veces que tienes que hacértelo mirar.

—Normal, si no tengo perro ni nada, pues saco a pasear al sarcasmo. No querrás que haga como los japoneses, que pasean lechugas.

—¿En serio?

—Y tan en serio, yo tampoco me lo podía creer...

—Por cierto, hablando de mirar, ¿te has fijado en que ya ha llegado tu misterioso caballero?

—Y dale, anda que no eres pesadita, que no me mira a mí, que te mira a ti...

—Porque tú lo digas... Te mira a ti todas las mañanas, y vaya miraditas, ¿tú lo has visto bien? El tío está que cruje...

—Sí que está bien, pero yo ahora me encuentro en otra onda y punto redondo.

—Ya, ya, perdón por quererte recordar que hay más vida lejos de Eric y de...

—Dilo, tiene nombre, ¿ibas a decir de la prostitución? —le pregunté por lo bajini.

—No iba a decir nada, anda tómate el té y vamos a darle caña...

Siempre me había gustado cuidarme a tope y lo de hacer deporte era todo un ritual para mí, por lo que no me costaba estar divina de la muerte en aquella etapa de mi vida en la que vivía de mi cuerpo.

Después de mi experiencia con Andrés, que seguía siendo cliente, entré en contacto con una agencia de prostitución de lujo que enseguida me fichó. Con ellos trabajaba muy a gusto porque eran gente seria y, sobre todo, increíblemente discreta.

No en vano, dadas las tarifas, todos sus clientes eran hombres magníficamente situados a nivel profesional que lo último que necesitaban en sus vidas era verse relacionados con escándalos de ese tipo.

Yo solía hacer un servicio a la semana, normalmente entre el lunes y el jueves, por lo que no afectaba en absoluto a mi vida familiar. Esa noche se quedaba con Eric Fina, la chica que me había ayudado con su cuidado desde que nació.

Una vez que Edu se marchó yo tuve que prescindir de sus servicios, pero la llamaba en determinadas ocasiones cuando la necesitaba y ella, que tenía delirio con mi niño, acudía presta.

Una norma era sagrada para mí; después de Andrés, el resto de hombres con los que me viera deberían ser de fuera de Madrid, por lo que en la agencia me buscaban clientes de provincias aledañas. Así me sentía más protegida, aunque no creía que ninguno de ellos tuviera intención de abrir el pico, pues tenían bastante que perder también.

Entramos en el gym y tuve que claudicar; aquel hombre no me quitaba la vista de encima. Debía tener unos cuarenta años y contaba con un físico espectacular.

Cierto que al principio lo había dudado, quizá porque no me interesara en absoluto que nadie se fijase en mí en ese momento, pero aquella mañana se despejaron todas mis dudas; me estaba mirando a mí... Lo hacía mientras se ataba el cordón de sus zapatillas, momento que aprovechó para dirigirme una primera sonrisa.

Por mi parte, me hice la sueca, pero reparé en que aquella dentadura perfecta e increíblemente blanca hacía juego con un cuerpo también de impresión.

Sofía y yo comenzamos a calentar en las elípticas y no tardó en acercarse a la contigua a la mía, en la que se subió.

—¿Y si yo te dijera que su cara me suena? —me preguntó ella al verlo de cerca.

—Pues yo te diría que tú has visto mucha tele, bonita.

Ese programa “Tu cara me suena” había sido uno de mis preferidos y le hice el chistecito.

—Muy graciosa, pues te digo yo que a este tío lo he visto antes en alguna parte, fíjate...

—Claro, hace un rato, en la cafetería, melona...

—Que no, en serio, ya caeré.

Seguimos entrenando y Sofía se empeñó en que nos hiciéramos un selfi.

—Que no, que te he dicho que aquí me da mucho corte, siempre igual, que parecemos adolescentes, chica...

—¿Y qué más da lo que parezcamos? Venga, ponte, no me seas sosa.

Nos colocamos como a ella le dio la gana y selfi que te crio. Sofía era mucho de redes sociales, al contrario que yo, que les había cogido un asco que para qué.

Tiempo atrás subía muchas fotos con Edu y él conmigo. Sus dedicatorias siempre hacían babear a todas nuestras amigas, que bromeaban preguntándome sobre dónde lo había encontrado y si de verdad era un hombre o un prototipo.

—Soy una máquina, una máquina sexual—les solía contestar él y qué poco sabía yo en esos instantes que sí lo era; una máquina de poner cuernos, exactamente.

Por esa razón, y después de ver que ahora todo eran frases similares para Marga, llegué a la

conclusión de que en las redes podemos colgar un mundo ficticio que no tiene por qué corresponderse en nada con el real, por lo que dejé de fiarme de ellas.

Claro está que a Sofía podían gustarle las redes o lo que le diera la gana, que ella bastante tenía con aguantarme, solo faltaba que fuera yo a censurarla.

—¿Os hago una? —nos preguntó el hombre de la sonrisa perfecta. Era la primera vez que nos dirigía la palabra, aunque su mirada estaba puesta en mí...

—Si quieres, claro. —Quien le contestó fue Sofía, pues yo me quedé muda.

Muda porque no quería darle bola y muda porque su forma de mirarme me indicaba que yo le interesaba. Y mi amiga tenía razón; la mía no era una ocupación de esas de las que hablar abiertamente con una primera cerveza por delante.

—Mirad si os gusta, aunque, si me lo permitís, yo os veo estupendas—nos comentó...

Asentimos y entonces aprovechó para presentarse.

—Me llamo Polo, ¿y vosotras?

Me acordé de que Polo era uno de los nombres de moda a raíz de una serie de esas de Netflix y me hizo gracia.

—Yo soy Dafne y mi amiga es Sofía. —Me sorprendí a mí misma porque le respondí veloz...

Capítulo 3



Un par de días más tarde hice mi servicio semanal. Conduciendo mi Mercedes GLA SUV llegué hasta Toledo pensando en Polo. Desde la mañana de la foto no perdía oportunidad de saludarnos y en concreto ese día había venido volando a traerme la toalla que se me había caído.

—Creo que esto es tuyo porque huele igual de bien que tú. —Se aventuró a decirme y me dejó de lo más sorprendida.

—Muchas gracias por el cumplido—le dije y correspondí a la suya con otra sonrisa.

—Por cierto, ¿hace mucho que vienes a este gym?

—Sí, varios años ya, desde que nació mi hijo Eric.

—Anda, ¿tienes un hijo? ¿No me engañas? Pero si no debes tener ni veinte años—me dijo con toda la zalamería del mundo.

—Sí que los tengo y ocho más, ¿y tú? ¿Tienes hijos?

—Ah, creí que me ibas a preguntar si tenía veinte años también—bromeó—, en realidad, si lo multiplicas por dos das en el blanco.

No sabía él cuánto porque justamente eran esos los años que le había echado yo.

—Ah, genial—le solté con una sonrisilla boba—, pero no me has respondido, ¿tienes hijos?

—Sí, tengo una hija de cinco años, María, va al cole “El Encinar...”

—¿En serio? Mi hijo también va a ese colegio, no puedo creerte. Pero yo no te he visto nunca por allí, o al menos no lo recuerdo...

—Ya, es que el curso acaba de comenzar y todavía no me he dejado caer demasiado por allí, esta primera semana la ha tenido su madre.

—¿Tenéis la custodia compartida?

—Sí, desde hace dos años que nos separamos...

Se me vino a la mente eso de que había padres y padres... Cualquiera le hubiera hecho a Edu compartir la custodia de Eric, ese no quería responsabilidades ni de lejos.

—Muy bien, me parece loable eso de compartir todo lo relativo a los niños.

—¿Tu ex no lo hace? —me preguntó con cierta extrañeza.

—No, digamos que él le presta bastante más atención a su nueva chica que a su hijo. Es una cuestión de elecciones tú sabes...

Menos mal que había pronunciado yo bien, porque parecía que podría haber dicho de erecciones, que también.

—No puedo entender que ningún hombre haga eso con sus hijos, aunque si te soy franco no creo que tu ex sea muy inteligente cuando se ha dejado perder a una mujer como tú.

Ahí lo llevaba, él lo había dejado caer con toda la tranquilidad y a mí volvió a sacarme la sonrisa.

—Bueno, tengo que irme, se me ha hecho un poco tarde.

Sofía, que estaba terminando con sus ejercicios de estiramiento me miró en plan “te lo dije...”

—¿Tendrás tiempo para tomar un día de estos un café? A la salida, por ejemplo, o cuando te apetezca. Así podríamos charlar un rato y me cuentas a qué te dedicas y cómo llevas lo de sacar a tu hijo para delante tú sola. Aunque espera, quizá me haya colado y tengas mucho apoyo familiar.

—No, no te has colado, apenas tengo. En cuanto a lo del café, ya lo vamos mirando, igual uno de estos días.

Lo había dejado en el aire porque no quería que las cosas se complicasen, ¿qué le iba a explicar a Polo? Había ido directo al grano; a qué me dedicaba. Claro está que lo cortés no quita lo valiente y su interés por mí me producía un cosquilleo en el estómago que hacía tiempo que no sentía.

—¡¡Joder!! —chillé en ese momento pues algún animal que no acerté a describir con claridad se me había cruzado en la carretera, obligándome a parar casi en seco. Suerte que aquella era una de esas secundarias muy poco transitadas. De no ser así quien viniera detrás

de mí se habría empotrado en mi trasero, en el del coche digo...

Aquel día me vería con Ricardo, uno de mis clientes habituales, en Toledo. Ricardo era un hombre extremadamente reservado, pero muy cuidadoso, como todos los que solían solicitar mis servicios.

Diría que era bastante agradable y, aunque no sabía nada de su vida, sí me constaba que era bastante viajero.

En realidad, quien no haya visto ese mundo de cerca, apenas puede imaginarlo. En él se establecen relaciones como en otro cualquiera, fuera de las sexuales, me refiero... Aunque tanto ellos como yo establecíamos ciertas barreras infranqueables, a veces terminábamos hablando de gustos y aficiones y hasta de temas cotidianos sin precisar demasiado.

Ricardo me parecía un tipo solitario y falto de afecto, por la razón que fuese, que no tendría que ver con su físico. Sin ser un Adonis, no era para nada feo y de cuerpo estaba bastante bien. Además, cuidaba mucho su imagen.

—¿Cómo estás, Ricardo? —le pregunté al entrar en aquella lujosa suite de hotel portando la bolsa con todos mis “instrumentos” de trabajo.

Cada una tiene sus costumbres y yo salía de casa con el pelo y el maquillaje perfectos, si bien cuando llegaba al lugar en cuestión me metía en el baño y me ponía la “ropa de matar” como la llamaba.

No tenía más remedio que meterme bastante en mi papel, pues era mi trabajo y no había otra.

—Hola, Anais, yo muy bien, ¿y tú qué tal? Tan preciosa como siempre por lo que veo...

—Gracias, Ricardo. Ahora vuelvo.

Sí, creo que no he mencionado que mi nombre profesional era Anais. Lo adopté por el famoso perfume de Cacharel, que siempre fue uno de mis preferidos.

Tener nombre profesional era algo que me ayudaba a diferenciar mi vida privada de mi trabajo. Cuando salía de aquellos hoteles volvía a ser Dafne y Anais quedaba en aquella misma bolsa en la que dejaba el resto de mis pertenencias.

Esa era una de las estrategias que había utilizado para que todo aquello no terminara por afectar a mi carácter. Para una chica como yo, cuyo primer novio había sido Edu y que no había catado más varón que él hasta que me separé, aquello se habría podido convertir en una tragedia de no haber sabido gestionarlo.

Afortunadamente no fue así...

Salí y Ricardo se estaba sirviendo una copa al mismo tiempo que me ofrecía otra.

—Gracias, lo de siempre por favor.

A Ricardo solía verlo una vez al mes y siempre me llamaba la atención la maraña de pulseras que pendían de su muñeca, pese a que su estilo era impecable.

—Son de mis viajes, una manía como otra cualquiera, me las quiero traer todas...

—Pues llevas unas cuantas...

—Sí, cuando estoy en casa me las quito. De hecho, tengo una cestita en la que las dejo al entrar y vuelvo a ponérmelas al salir. No sé salir sin ellas, me dan suerte...

“Me dan suerte”, aquellas palabras me recordaron a Polo, que me contó también aquella mañana que su hija María le había dicho que el cole nuevo, el mismo al que acudía Eric, le daba suerte.

Había escuchado a algunas personas que se dedicaban a lo mismo que yo que una buena estrategia consistía en ponerle a los clientes otra cara; la de alguien a quien sí quisieras tener entre tus brazos...

Reconozco que no lo había hecho nunca porque no tenía nadie en mi entorno que me llamara la atención y tampoco era mitómana, por lo que no me imaginaba acostándome con Brad Pitt ni con nadie por el estilo.

Sin embargo, aquel día lo hice... ¿La razón? Polo me empezaba a hacer tilín y eso que yo no quería reconocerlo.

Dos horas después salía de aquel hotel tras despedirme de Ricardo en la suite, pues nunca entraba ni salía con los clientes de ninguno de aquellos lugares.

Iba pensando en él cuando me abroché el cinturón y entonces hice la rutinaria llamada de control.

—Sofi, soy yo, estoy viva y en perfecto estado. Todo bien, cortesía total y trato muy humano, ¿te quedas más tranquila?

—Qué guasita tienes Dafne, sí que me quedo, pero no por tus palabras, sino por saber que ya has salido.

Cuando dije antes que Sofía era como mi hermana no era una forma de hablar. Si lo analizaba seriamente, ella sufría aquella situación más que yo. De ahí la llamada de control que le hacía siempre al salir, pues de otro modo sabía que ella no podría pegar un ojo.

Y eso que sabía que los ambientes por los que yo me movía eran muy exclusivos, pero aun así yo no sé en qué antro de perdición debía imaginarme para pasarlo tan rematadamente mal.

Quisiera o no, también necesitaba relajarme cuando salía de aquellos encuentros, pues afrontarlos me suponía una tensión extrema.

Hice lo de siempre; puse mi disco de boleros de Luis Miguel y me dediqué a cantarlos uno por uno al mismo tiempo que él. Eso sí, aquel día no ironicé tanto en mi mente sus letras como otros, pues algunas de las situaciones que describían me las imaginaba junto a Polo...

Tomé una decisión; no tomaría ese café con él jamás. Sí, sé que puede parecer contradictorio, pero tenía su explicación. Polo me gustaba y yo le gustaba, de eso no me cabía duda. ¿Qué posibilidades tenía de que aquello saliera bien dado el berenjenal en que estaba metida?

Ya lo veía; él se enamoraría, yo más, le confesaría a lo que me dedicaba y él me dejaría con viento fresco después de dedicarme toda clase de improperios por no habérselo dicho antes. Y, si me adelantaba y se lo decía, el resultado sería el mismo; el fin del cuento.

Para eso, para cerrar el cuento de golpe, ni lo abría... Y hablando de cuentos, también escuché un audio que me mandó Fina con la cándida vocecita de mi niño dándome las buenas noches...

Por lo que yo veía se había dormido mucho más tarde de lo normal y es que menudito era

Eric cuando alguna idea daba vueltas en su cabeza; y yo sabía que en ese momento lo hacía una con cuatro patas; el caballo de marras.

Le di unas cuantas vueltas a la mía, porque no solo era comprarlo, sino también mantenerlo. Dichosas clases de equitación, Edu se había empeñado en ellas y ahora me había dejado a mí con todo el marrón.

Hice unas cuentas y pensé que, para poder hacer realidad el sueño de mi niño tendría que aumentar el número de clientes mensuales en uno. Eso no me hacía demasiada gracia. En particular, mi círculo de clientes lo componían ocho o nueve hombres. El que más solicitaba mis servicios era Ricardo, pues al resto solía verlos una vez cada dos meses aproximadamente.

Ya pensaría al día siguiente ya que, si algo me había enseñado la vida era que por la mañana todo se veía más claro. Ahora bien, en esa claridad mañanera empezaba a ocupar un papel protagonista, Polo, al que ya veía cada una de ellas, aportándoles una nota de color.

Llegué a casa sin novedad. Casi nunca había tenido un susto en la carretera y el que me di con el animalito en la ida me había dejado un poco trastocada. No así el alcohol, ya que lo de aceptarle la copa a Ricardo formaba más parte de un ritual que cualquier otra cosa.

En realidad, solo daba un par de sorbos, lo suficiente para entonarme un poco y luego la dejaba entera. Aunque pasase un par de horas allí, no quería arriesgarme a dar positivo en ningún test.

Dicen que es más fácil que eso ocurra con el estómago vacío y yo tenía el problema de que el día que debía hacer un servicio apenas probaba bocado. Sí, tenía mis estrategias y las ponía en marcha, pero eso no quería decir que me pudiera acostumbrar a aquella vida; probablemente no lo haría nunca.

Capítulo 4



El sábado por la mañana lo estábamos pasando de fábula Eric, Sofía y yo. Mi niño participaba en una competición y demostró ser un jinete ejemplar.

—Debería entrenar más y podría llegar bastante alto, destaca mucho en la categoría de benjamines, no hay más que verlo—me explicó Juanpe y yo sentí que cada vez estaba más entre la espada y la pared.

—Lo sé, lo sé, no veas la que me está dando porque quiere tener su propio caballo y yo... Yo me lo estoy pensando.

—Pues no te lo pienses demasiado, que ahora es el momento. Si quieres, yo podría estar atento y conseguiremos uno bueno, estoy en el mundillo y me sería bastante más fácil.

Su ofrecimiento me complicaba las cosas, pero imaginé la carita de felicidad que pondría mi niño cuando tuviera su propio caballo y asentí.

—¿Estás loca? Se te ha ido la olla, ¿cómo piensas financiarlo? —me preguntó Sofía, que más que como una hermana, a veces se comportaba como si fuese mi madre.

Enarqué una ceja y ella lo entendió.

—No, espero que esto no pase porque trabajes más. Madre mía, tú te has propuesto

matarme a disgustos...

—Solo te ha faltado decirme que tú no me has criado así y que no sabes de dónde te ha salido una hija tan díscola, ¿no te parece? —Me eché a reír para quitarle algo de hierro al asunto.

Aplaudía como una loca a Eric cuando lo vi. Era Polo que llevaba a una niña en sus hombros; lógico que era su hija.

—Mira a quién tenemos aquí, cualquiera diría que está siguiendo tus pasos—me comentó Sofía mientras miraba la estampa.

—No, mujer, esta es una competición organizada por el cole, normal que haya muchos padres.

—Muchos padres habrá, pero que te miren como lo hace este...—Lo observábamos desde la distancia.

Cierto, al mismo tiempo que yo lo estaba mirando él también me vio y me dirigió una encantadora sonrisa mientras llegaba a nosotras.

No obstante, algo nos chocó a ambas.

—Jo, esto es como lo del chiste, si Polo estuviera saludando al Papa, la gente preguntaría que quién es ese de blanco que está al lado de Polo, ¿te has fijado en que todos lo conocen?

Y la gracia no era esa, que la gente lo parase a cada paso, sino que había personas que insistían en hacerse una foto con él, por lo que terminó bajando a la niña de sus hombros y accediendo a sus deseos.

—¡Dios, ya caigo...!—chilló Sofía mientras lo miraba de lejos...

—¿En qué?

—En qué va a ser, te dije que su cara me sonaba, cómo no me iba a sonar, qué despiste el mío...

—Suéltalo ya, anda, que me estás poniendo nerviosa.

—Es el presentador de moda, el de la cadena esa nueva. Da las noticias a las nueve de la noche, menuda voz y qué personalidad, ¿cómo no he podido darme cuenta antes?

—¿Quizá porque eres la más despistada del globo? ¿Puede ser por eso? —le pregunté risueña, pero a la vez entusiasmada por lo que me había contado.

¿Era el chico de moda del país? ¿Y estaba interesado en mí? Por el amor de Dios, qué emoción...

En honor a la verdad hay que decir que mientras se estuvo haciendo todas aquellas fotografías no dejó de mirarme. Yo lo estaba haciendo también por el rabillo del ojo sin perder tampoco de vista a mi pequeño jinete, que parecía más concentrado que nunca.

—Buenos días, cuánta guapa por aquí—me dijo al llegar a mi altura.

—Pero bueno, ¿tú cuándo ibas a decirnos que eras el presentador de moda de la tele? —le preguntó Sofía—Ya te estás haciendo una foto conmigo ahora mismo...

Él accedió de buen grado, pero antes...

—Mira, María, ellas son unas amigas del gimnasio, te las presento—le indicó a su hijita, que era una monería y muy parecida al bombón de su padre.

—¿Y cómo se llaman...?

—Ella es Sofía y ella..., no me acuerdo—bromeó mientras me miraba.

—¿Cómo no te vas a acordar si es muy guapa? —le preguntó y todos nos echamos a reír, vaya ocurrencia la de la peque.

—Sí, sí, que lo es—afirmó él sin titubear y yo sentí que mis mejillas entraban en erupción.

—Gracias—murmuré tímidamente, cualquiera diría a lo que yo me dedicaba...

—¿Está compitiendo tu hijo? —me preguntó mirando a la pista.

—Sí, mira, Eric es aquel. —Se lo señalé.

—Pues entonces, tendremos que esperarlo para darle la enhorabuena, porque me da a mí que de aquí sale hoy con el trofeo de campeón.

Sí, parecía que mi hijo iba a tener su premio aquel día. Y también parecía que lo iba a tener yo, porque Polo no me quitaba ojo de encima. Claro está que yo había tomado una decisión y no debía bajarme del burro. Y ahora menos que mis gastos iban en aumento con lo del caballo.

—Sí, parece que hoy gana mi campeón, estoy muy orgullosa de él, como tú debes estarlo de esta señorita tan preciosa. María, ¿tú quieres conocer a Eric? —le pregunté.

—Sí, en mi cole también hay un niño que se llama Eric y que es muy guapo, a mí me gusta...

Me quedé de piedra porque, que yo supiera, no había otro niño con ese nombre en “El Encinar”.

—¿De veras? —le pregunté.

La peque asintió con la cabeza y yo pensé que no podía existir una casualidad mayor.

Unos minutos después estábamos todos aplaudiendo a mi pequeño, a quien yo miraba con devoción, pues efectivamente resultó triunfador...

—¡Mamá, mamá, lo he logrado! —Llegó corriendo a mi altura alzando el premio.

—¡Si es que estás hecho todo un campeón! Mira, te presento a un amigo, él es Polo y trabaja en la tele. Y ella es María, de tu cole...

—A María la conozco, pero... ¿En la tele? ¿Tú eres Polo el de “Élite”?—le preguntó y me dejó pasmada.

—No, qué va...

—Ah, es que las niñas de mi cole están todas locas con ese Polo y si hubieras sido tú yo hubiera fardado que no veas. Molaría mucho...

—Tú sí que molas, chaval, has ganado, eres muy bueno. —Le revolvió el flequillo y, por la carita que le vi a María, comprendí que él sí que era el Eric que le gustaba.

Presentador de televisión y yo en babia, no tenía idea. Claro que era normal porque apenas veía la televisión, más allá de lo que le gustara a Eric. En el último año no es que hubiera estado demasiado informada ni en el mundo, bastante había tenido con sostener mi vida y la de mi hijo.

—Se me ocurre una idea, ¿y si para celebrarlo nos vamos todos juntos a almorzar? —nos preguntó.

—Me parece magnífica, pero conmigo no contéis porque tengo planes—le contestó Sofía con su sal y su pimienta.

—Vale, pues queda pendiente para otro día, ¿y vosotros? ¿Qué me contestáis?

—Nosotros sí que vamos. —Eric no pudo sorprenderme más, contestó como un hombrecito, sin encomendarse a Roma ni a Santiago.

—Pero bueno, jovencito, ¿desde cuándo tomas tus propias decisiones sin consultar con mamá? —le pregunté con una sonrisa de medio lado.

—Déjalo mujer, desde que es un campeón, ¿no lo ves?

Ea, otro que mejor bailaba...

María también me miró con carita de “por favor, por favor...” y hasta juntó sus manitas a modo de súplica.

Con semejante panorama cualquiera se negaba y eso que yo me había prometido a mí misma que no iba a permitirme estar a solas con Polo para no dar pie a algo que pensaba que no me haría ningún bien. Claro está que las cosas se habían terciado así y un día era un día, o al menos eso fue lo que me quise decir para convencerme.

Salimos andando y el encuentro que tuvimos fue de lo más inesperado.

—¿Qué haces aquí, Edu? —lo miré sin entender ni una palabra. Eric venía detrás con María y Sofía los entretuvo para que no se coscaran de nada.

—He venido a llevarme a mi hijo a almorzar. Hoy es un día grande para él, Marga y yo hemos visto la carrera y no podemos sentirnos más orgullosos—me contestó poniéndose la medallita de padre.

—Ah, vale, entonces también sabrás que me está costando la misma vida pagar sus clases de equitación y que quiere un caballo, que le voy a tener que comprar yo, ¿no?

—Bueno, no creo que esos sean temas para discutir en público y mucho menos en presencia de desconocidos. —Miró con cara de asco a Polo mientras que Marga lo hacía con interés, pues sin duda lo había reconocido.

Eso sí, la muy asquerosa a mí me miraba como si me quisiera asesinar. Pues anda que si supiera ella las ganas que yo tenía de cogerla por los pelos y de arrastrarla por toda la pista... En cualquier caso, eso sí, la culpa no la tenía ella, sino el muy desgraciado de él, que estaba podrido en billetes y le racaneaba a su hijo todo lo que podía y un poco más.

—Papá, ¡has venido! —Eric se echó en sus brazos porque el pobre mío ya ni se acordaba de la última vez que su padre le prestó atención.

La parejita de desgraciados me miró como si eso supusiera un triunfo total y yo una

alfombra a la que pisar a su antojo.

—¿Te vienes a comer con Marga y conmigo, campeón? Tenemos que celebrar tu triunfo, te hemos visto competir y ha sido impresionante.

—Gracias, papá, pero mejor otro día.

—¿¿Cómo?? —Edu pareció bastante contrariado. Se ve que pensaba que el niño estaría loco de contento por ir con ellos y se encontró con que nanai de la China.

—Que gracias, papá, pero mamá es la que está conmigo todos los días y hoy se merece que lo celebre con ella.

El palo que le dio fue justamente de campeonato, que para eso estábamos en uno. Mi hijo estaba hecho de una pasta especial, era súper maduro para su edad y se lo demostró en ese instante.

—Está bien hijo, como quieras. —Edu guardó las formas a duras penas delante del niño, pero me indicó que me apartase para hablar con él a solas. O con ellos, que Marga se había convertido en su sombra y no estaba dispuesta a perderse el numerito.

—¿Ya has conseguido ponerlo en mi contra? —me dijo de las peores maneras, casi a grito pelado en aquella esquina hacia la que nos dirigimos a hablar.

—Ni se te ocurra hablarle así a Dafne. —Me quedé impresionada ya que con tanto jaleo ni siquiera me había percatado de que Polo me hubiera seguido.

—¿Y tú quién mierda eres para meterte en las conversaciones de nuestra familia? —le espetó un iracundo Edu que parecía un niño al que acababan de arrebatarse su juguete

preferido.

—Es el presentador de la tele, ese que está tan de moda, amor, el tal Polo...—le contestó Marga mirándolo de arriba abajo, gesto que no pasó desapercibido para un Edu que se cabreó todavía más.

Lo de Polo en ese sentido era de traca porque lo normal era que se hicieran famosos los presentadores de programas del corazón, de *realitys* y demás, pero no tanto los que daban las noticias. El caso es que Sofía me contó luego que él aunaba una cara preciosa con una manera muy original de darlas y que, en poco tiempo, se había convertido en un fenómeno mediático.

—Y, por encima de eso, es un buen amigo mío—añadí yo para echar algo de leña al fuego.

—¿Un buen amigo? Pues cuidadito con quien arrimas a mi hijo, que no me gustaría que en su vida estuviera un cualquiera.

Pensé en explicarle en ese instante que él no era mi pareja ni nada parecido, pero caí en la cuenta de que así le daría en el cantito del gusto y como que no me dio la gana.

—Cuidado con lo que dices que, si yo no pongo en tela de juicio a tus compañías, no te voy a permitir que tú lo hagas con las mías—le advertí y entendió que estaba hablando pero que muy en serio.

—¿Qué tendrás tú que decir de mí? —me soltó una Marga de lo más insolente.

—De ti, nada, nada, con lo desinteresada que eres—ironicé, giré sobre mis talones, cogí la mano de Polo y salí andando en dirección contraria a la de ellos.

Capítulo 5



Sí, lo cogí de la mano porque me salió del alma y punto. ¿A quién debía darle explicaciones? Me había colado, bien pensado, a Polo.

—Disculpa—le comenté cuando ya ellos nos veían.

—¿Por qué?

—Ya sabes, por lo de cogerte la mano así de sopetón.

—¿Y qué problema hay? Otra cosa es que quisieras quedarte con ella, que me hace falta, pero por cogerla no hay ningún problema, mujer...

—Tienes un puntito muy gracioso, ¿lo sabías? —Me hizo sentir bien, con su broma le quitó toda la importancia al asunto.

—Hay que echarle un poco de gracia a todo, Dafne y, además, si te digo la verdad, me ha encantado...

Me resultaba especialmente curioso por el hecho de ser un personaje público, ¿de veras no le importaba que le relacionasen conmigo?

Cielos... en ese instante me entró el pánico, ¿y si aparecíamos juntos en alguna publicación y uno de mis clientes abría la boca? Sudores fríos me recorrieron hasta que volví a caer en lo de siempre; en que ellos tenían al menos tanto que perder como yo. De todos modos, tampoco volvería a verle después de aquel almuerzo...

—Supongo que los niños querrán ir a una hamburguesería, de lo contrario os invitaría a mi casa, que también tiene parque de bolas—me comentó.

—¿Tienes un parque de bolas en tu casa? Qué ingenioso, nunca se me hubiera ocurrido.

—Sí, cuando me separé de la madre de María me apeteció apartarme un poco del ruido de la capital y me compré una casa con un poco de terreno en Villalba; así disfruto del bullicio cuando me apetece y de la tranquilidad el resto del tiempo.

—Qué buena idea, créeme que hay días que yo estoy de los embotellamientos hasta la punta del pelo.

—Normal, yo también los sufro cuando voy a trabajar... ¿Te parece si les preguntamos a los niños?

Lo hizo y los dos estuvieron totalmente de acuerdo, pues la idea de disfrutar de un parque de bolas para ellos solos le sedujo mucho más que la de compartirlo con otro montón de niños.

—Pues rumbo a Villalba, pues...

—¿Te sigo con mi coche? —le pregunté.

—Yo te diría que no, luego lo recogemos. Déjalo aquí y ya después te traigo.

Me pareció la mejor idea, pues así podríamos ir charlando en su coche. Y la de ir a su casa también, pues allí estaríamos a salvo de miradas indiscretas.

Llegamos y me presentó a Antonia.

—Gracias a ella como en condiciones todos los días, no te imaginas la mala maña que me doy en la cocina—me contó.

—No creas que tampoco es mi fuerte—le contesté mientras miraba el gusto con el que aquel precioso salón, en el que predominaba la madera y que estaba presidido por una confortable chimenea, estaba decorado.

—¿Y cuál lo es? Todavía no me has dicho a qué te dedicas.

Sentí que mi mundo se venía abajo en ese momento, pero intuí que era momento de echarle cara. Eso o estaba perdida.

—Al Derecho Mercantil, esa es mi especialidad...

Del todo no le había mentido y eso me hizo sentir mejor; sí que era mi especialidad, otra cosa era que no me dedicara precisamente a ello.

—Buff, siempre me han parecido demasiados serios esos temas, fíjate que te imaginaba yo en otro tipo de entorno más desenfadado.

De repente sentí como si mi secreto no estuviera a salvo; algo totalmente absurdo dadas las circunstancias.

—¿Más desenfadado? Explícate...—Sudé la gota gorda en esos momentos.

—No sé, te imaginaba quizá en temas de marketing, publicidad o como emprendedora con tu propio negocio, pero no de abogada, más otro tipo de rollo, ya me entiendes...

Sí que lo entendía y no iba desencaminado, pero en mi propio negocio se movía un género que le hubiera dejado con las patas colgando en el caso de saberlo...

—Buenos, a veces las cosas no son cómo parecen...

El día estaba maravilloso y nos sentamos en el jardín, en el cual tenía acondicionadas varias zonas para el ocio. Una de ellas estaba cercana al parque de bolas y fue la elegida para tomar un pisolabis mientras los enanos se lo pasaban en grande.

—¿Y qué me cuentas de tu vida? Ya he visto que tu ex no debe ponerte las cosas fáciles...

—No, está con los cuernos revenidos y eso que los cuernos soy yo quien los luzco, pero qué se le va a hacer... Digo yo que ya llegarán tiempos mejores, ¿no?

—Esa es la actitud, sin duda que lo es, yo reconozco que, con la madre de María, Esther, no he tenido ningún problema y eso es oro.

—¿Qué pasó entre vosotros si es que puede saberse?

—Pues nada, que la relación se fue desgastando, a veces son cíclicas, ya lo sabes...

—Ni que lo digas, y mira que yo creía que me casaba para toda la vida. Y ahora mírame...

Intercambiando miraditas de cariño con Marga los domingos—ironicé.

—Ya, nos pasa a todos. Bueno, yo con Esther no llegué a casarme, pero como si lo hubiera hecho; teníamos un proyecto sólido de vida, luego vino la niña, pero a veces las cosas no salen como uno las proyecta. O, al menos, no por tanto tiempo. Y eso que nuestro comienzo fue un tanto atípico.

—¿Atípico? Cuéntame, que me intriga...

—No, calla, calla, que estoy hablando de más. No quiero ser el típico tío que no para de hablar de sus ex y demás, prefiero que nos centremos en el presente y... si me lo permites, en nosotros, ¿una copa?

—Bueno, a un vinito no te diría que no, pero solo si luego me cuentas lo de ese comienzo, que ya no me puedo quedar así.

—Anda que no soy bocazas yo ni nada. Vale, prometido, te lo contaré...

Volvió con una botella de vino que tenía una pinta espectacular y dos copas.

—¿Por dónde íbamos?

—Ah sí, ya recuerdo... te iba a contar cómo entré a trabajar en la televisión.

—No, no, sabes que no.

—Bueno a ver, digamos que Esther era la novia de mi único hermano. Ella venía con él a casa y, por lo que fuera, la atracción comenzó a crecer entre nosotros, pero imagínate,

aquello era un lío de espanto.

—Sí, sí, que debía serlo.

— Al final, la liamos parda y comenzamos a vernos a escondidas. Intentamos reunir la fuerza para contárselo, pero estábamos en ello cuando un día nos pilló.

—¿Os pilló in fraganti? —Me imaginé la escena camera y pensé que no podía ser más fuerte.

—¿Te refieres a...? No, nos pilló dándonos un beso en la cocina de casa. 'Había salido y pensamos que iba a tardar más en volver.

—Y claro, como estabais en la cocina, os pilló con las manos en la masa...

—Muy aguda, pero no me siento bien hablando contigo de esto, prefiero que lo hagamos de nosotros...

Estaba claro que él tenía su objetivo y que no era otro que intentar que nos conociéramos mejor. Yo quería escurrir el bulto, pero por otra parte estaba tan a gusto con él que, claro, quería saber más cosas. Si lo hacía, eso sí, debería ser quid pro quo, y yo también debería contarle las mías.

—¿Y tus padres? ¿No te ayudan con el peque? —Desvió la conversación.

—No, bueno... Mi madre murió al poco de nacer yo, ni siquiera la recuerdo. En cuanto a mi padre, digamos que Edu y él no eran uña y carne y eso nos separó. Con decirte que ni siquiera conoce a Eric...

—Jo, pues sí que están mal las cosas entre vosotros. ¿Y no has pensado en suavizarlas ahora que estáis separados?

—Pues mira que sí, en los últimos meses he tenido varias veces el teléfono en la mano para llamarle. Vive en Suiza con su pareja, ¿sabes? El caso es que siempre me echo para atrás, no sé ni qué decirle.

—Es tu padre, no tienes que soltarle un discurso ni nada parecido. Estoy seguro de que se va a volver loco de alegría si le llamas y ya está. Solo dile cómo te sientes y que le echas de menos, no hay más...

—Tú lo ves muy fácil, pero cuando las cosas han estado tan feas entre dos personas se complica mucho el acercamiento.

—Eso es cierto, pero no entre padre e hija; yo creo que hay vínculos que son sagrados. Verás, yo lo veo claro, por muy enfadado que pudiera estar el día de mañana con María, ardería en deseos de arreglar las cosas con ella. Y si fuera un cabezota y no diera mi brazo a torcer, moriría porque lo hiciera ella...

—¿Tú crees?

—No es que lo crea, es que estoy totalmente seguro de ello. ¿Por qué no lo intentas? Te apuesto lo que quieras a que tu padre va a responderte mejor de lo que crees.

—¿Una apuesta?

—Sí, si gano yo, te invito a cenar.

—¿Y si gano yo? Mira que no las tengo todas conmigo.

—Pues no creo que eso suceda, pero en el hipotético caso de que ganaras tú y no respondiera bien, dejás que te invite a cenar...

—Pero bueno, contigo no hay salida.

—Ninguna—me confirmó.

—Ya veremos, ya veremos, ¿y en qué quedó lo de tu hermano? Eso también debió generar no pocos conflictos en tu familia.

—Y tanto que sí, también nos llevamos unos añitos sin hablarnos, no creas. Por suerte, cuando me separé de Esther un buen día me llamó para preguntarme cómo estaba. Sinceramente, no supe si lo hizo por nobleza o para asegurarse de que ya no estábamos juntos—se rio—, pero en cualquier caso recuperamos la relación desde entonces. Y actúa como un buen tío para María, Por eso te digo, que todo pasa...

—Ajá, ¿y tus padres? ¿Qué me cuentas de tus padres?

—Mis padres sí que saben vivir la vida, guapa, eso te lo garantizo. Tienen un velero y llevan dos años pegando tumbos con él de allá para acá, ahora están en el Caribe y dicen que no vuelven, que no se les ha perdido nada en España, que en ningún sitito mejor que allí. Ellos son así y a mí me parece fenomenal, que vivan a su aire...

—Pues sí que son particulares nuestras familias.

—Es verdad, como las cosas sigan así a nuestra boda van a venir cuatro gatos. —Se aventuró a decirme y yo es que aluciné.

—¿Tú tienes siempre tanta cara o es que te ha salido así?

—Siempre, siempre...

Sí que tenía desparpajo el guaperas aquel. Lo pasamos genial durante las horas de la sobremesa y al caer la tarde nos acercó a Eric y a mí a recoger nuestro coche.

—¿Te veo el lunes en el gym?

—Claro, hay que ponerse en forma, qué remedio...

—Ya te digo yo que sí, que los abogados os pasáis demasiado tiempo sentados. —Me guiñó el ojo.

—Sí, suerte que yo trabajo en casa y me pongo los horarios que quiero—le conté apresuradamente antes de que atara cabos, pues yo todas las mañanas pasaba por el gym con Sofía.

—Sí que es una suerte, te veo el lunes, guapísima.

Ese “guapísima” me hizo llegar con la sonrisa boba a casa. Era noche de sábado y Eric y yo veríamos una peli con su postre favorito; tortitas de chocolate y sirope.

Mientras las preparamos no dejé de pensar en todo lo que había hablado con él....

El domingo por la noche recibí un mensaje suyo.

“¿Cómo han pasado el día la abogada más bonita del mundo y su hijo?”

Me sacó la sonrisa, como no podía ser de otra forma, y empecé a cavilar. ¿Y si cambiara de vida? De hacerlo, tendría una oportunidad con él. No podía ser tan cobarde de esconder la cabeza debajo del ala toda la vida. Alguna vez tendría que enfrentarme a mis miedos y, sobre todos ellos, destacaba uno...

—Papá...—murmuré cuando él levantó el teléfono.

—Dafne, hija, ¿eres tú? —Su voz sonó entrecortada por la emoción.

—Sí, papá, soy yo, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Y mi nieto?

—Se llama Eric, papá, está muy bien...

—Sé cómo se llama, todavía conservamos círculo de amistades común en Madrid, sé también que te has separado de Eduardo.

—Sí, papá, tenías razón en muchas de las cosas que me dijiste en su día, es un desgraciado.

—Y yo otro por haberte dado de lado tanto tiempo, hija mía...

Capítulo 6



—¿Me lo dices en serio? —Sofía estaba entusiasmada con mi llamada.

—En serio, en serio, te lo cuento todo desayunando. —El lunes había amanecido con toda la fuerza del mundo.

Mi conversación con mi padre se había prolongado durante casi dos horas, durante las que yo disimulé la procedencia del dinero que me permitía mantener mi status económico diciéndole que tenía algunos ahorros.

—¿Y dices que va a venir a verte dentro de un mes? Pero eso es fabuloso, no hace falta que te recuerde que tu padre cuenta todavía con unas excelentes amistades aquí en Madrid y que alguna de ellas podrá echarte una mano...

—Sí, ahora sí que te doy la razón. Lo veo, pero después de todo lo que ha ocurrido quiero que esté aquí para charlar con él tranquilamente. Sé que viene para olisquear un poco y ofrecerme su ayuda, lo intuyo, pero prefiero que sea en persona.

—Lo entiendo, pero se me va a hacer un mes larguísimo, estoy deseando que dejes... lo que tú ya sabes.

—Ya, ya... Mira quién viene por allí.

Naturalmente que no era otro que Polo, que venía con su ropa deportiva dispuesto a darse un tute de muerte en el gym.

—Yo hoy tengo que ir adelantándome, que voy con un poco de prisa—me dijo Sofía quien lo saludó y salió volando.

Me quedé atónita porque no podía ser menos disimulada, ¡si todavía no había llegado el desayuno!

—¿Te lo puedes creer? Que se ha ido sin desayunar, la muy loquilla. Y el caso es que ha pedido y todo.

—Pues nada, tendré que hacer un esfuercito y tomármelo yo; cualquier cosa menos tirar comida, que ese es un pecado capital.

—Ahí te doy la razón; yo también soy incapaz de hacerlo... ¿Sabes? Anoche hablé con mi padre, estaba deseando contártelo.

—¿Y...?

—Y creo que he perdido la apuesta...

—Yujuuuu, entonces te invito a cenar...

—Eso te lo habías asegurado de todas formas, pero vaya, que tenías razón sí, estuvo de lo más cariñoso.

—No puedes imaginarte la ilusión que me hace lo que me cuentas. Ya era hora, ¿ves? Mis

padres siempre dicen que uno tiene que capitanear el navío de su vida y yo creo que tienen razón, que ellos de barcos saben mucho. —Se rio.

Desayunamos en el mejor de los ambientes y, a la hora de pagar, cosa que no me permitió que hiciera, aprovechó el juego de manos de ambos con los billetes para poner la suya encima de la mía.

Sentí un escalofrío impresionante y un revolotear de mariposillas en mi estómago que me puso en órbita.

—¿Nos vamos ya? —me preguntó mientras sus ojos se perdían en los míos.

—¿Para dónde? —le respondí como una lela, ni siquiera caí en lo que me estaba diciendo.

—Me refería al gym, pero vamos, que pide por esa boquita, que yo te llevo a ti donde sea menester...

Pero para boquita la suya, vaya piquito de oro que tenía y menuda voz más sensual... No me extrañaba que fuera presentador de televisión que, por cierto, esa noche lo vería dar las noticias por primera vez; pues trabajaba de lunes a viernes y todavía no había tenido yo ocasión.

—No, hombre, al gym está bien—le respondí pensando que yo también dejaría que me llevara donde le diera la gana.

A la hora de despedirnos comprobé que ya el *feeling* entre ambos era más que evidente pues incluso Susana, la chica que trabajaba en la recepción, me echó una miradita como diciéndome que me había llevado el gato al agua.

Por la noche, a las nueve, yo estaba sentada enfrente de la televisión y me hizo una gracia tremenda verle dar las noticias, tan profesional él, con una preciosa sonrisa, pero con una imagen infinitamente más formal de aquella a la que me tenía acostumbrada.

“Hola, preciosa, ¿qué tal he estado? Sé que me has visto”

Ese fue su mensaje un rato después y yo miré a mi alrededor como si hubiese alguna cámara que le asegurase que así había sido. Por supuesto que no, bien sabía él que yo le vería; era innegable que los dos nos estábamos pillando por el otro.

Recé al cielo para que mi padre llegase pronto. Cierto que todavía no tenía nada con Polo y que no habíamos comido juntos en ningún plato, pero me iba a sentir muy mal haciendo el servicio semanal hasta que ese momento llegase.

Eché cuentas y tracé un plan, ¿y si me apretaba el cinturón lo suficiente y lo dejaba ya? Mi padre no me iba a fallar y unas cuantas semanas quizá sí podría aguantar sin ingresos extra...

Me dormí pensando en eso, pero el caprichoso destino tenía otros planes para mí.

—Hola, Dafne, soy Juanpe, ¿sigue en pie lo que hablamos el otro día del caballo? —me preguntó a la mañana siguiente el entrenador de Eric cuando cogí el teléfono.

—Sí, ¿por?

—Porque ha surgido una oportunidad que no debes dejar escapar, tendrías que amarrarla esta semana misma...

—Claro, que como es un caballo, si no, puede salir trotando...—bromeé, aunque en realidad

pensé que la casualidad no podía ser peor.

—Exacto. Yo que entiendo te digo que deberías verlo esta tarde mismo y dejar el tema apalabrado, ¿te concierne una cita y vienes con Eric?

—Ok, Juanpe, y mil gracias...

Mi gozo a un pozo. Vale que no ampliara mi círculo de clientes como había pensado en un primer momento, pero si nos quedábamos el caballo tendría que trabajar unas semanas más.

Casi que fui rezando por el camino para que a Eric no le gustara el animal, claro que nada más lejos de la realidad.

—Mamá, yo lo quiero, siento que él y yo estamos conectados—me dijo cuando lo vio sin parar de acariciarlo.

Pues nada, una conexión que me iba a costar muy cara, y no solo en dinero...

—Juanpe, cierra el trato, no se diga más...

Mientras volvía a casa pensé en la remota posibilidad de que Edu se apiadara de la situación.

Le llamé cuando Eric se hubo acostado.

—Edu, tenemos que hablar, es sobre el caballo que quiere Eric. Hoy ha surgido la posibilidad de adquirir la propiedad de uno y he cerrado el trato.

—Pues nada, enhorabuena, que para eso eres una abogada. Ah, no, que se me olvidaba, solo eres licenciada en Derecho; abogada no, porque jamás has dado un palo al agua ni tampoco lo vas a dar mientras yo maneje a nuestro círculo a mi son...

—Eres un miserable y un desgraciado...

—Igual sí, pero tengo la sartén por el mango, querida...

Su forma de decir aquel “querida” me provocó náuseas, pues ese miserable no debía haber querido a nadie en su vida. Me sentí muy desgraciada e hice un último intento por apelar a su conciencia.

—Edu, por favor, hazlo por nuestro hijo...

—Y una mierda voy a hacer yo. Si quieres comprarle un caballo, haz lo que tengas que hacer para conseguir el dinero. Por mí, como si te metes a puta...

No me pudo hacer más daño con sus palabras. Primero, porque utilizó aquel término tan vulgar y machista. Naturalmente que las mujeres que nos dedicábamos a eso no éramos putas, sino prostitutas, y la enorme mayoría lo hacíamos para satisfacer algún tipo de necesidad de nuestra familia... Y lo segundo, porque el conjeturar sobre aquello me hizo sentir como si mi secreto hubiera sido desvelado. Por supuesto que no, lo dijo por decir, o más bien, por herir...

Después de colgarme el teléfono, cosa que hizo de inmediato, mi desdicha no paró de crecer. Pues nada, a lo hecho, pecho; el trato estaba cerrado.

El servicio de aquella semana me costó la misma vida hacerlo. Me había propuesto una cosa

para no sentirme tan mal; no permitiría que Polo me diera ni un beso hasta que yo estuviera fuera de aquel mundo que cada vez me hacía más y más daño.

Lo peor llegó durante el fin de semana, pues él se empeñó en invitarme a cenar y yo no vi la manera de esquivarlo.

Quedamos el sábado por la noche. Fina cuidaba a Eric y yo me aseguré de que la velada no se prolongase más de lo debido, para evitar tentaciones...

—Es que, ¿sabes lo que pasa? Que resulta que la mujer es un encanto y no me ha querido decir que no, pero anda pachucha, de modo que le he dicho que no volveré demasiado tarde para que pueda irse a casa.

—Ni te preocupes, preciosidad... Ya soy lo bastante afortunado por poder cenar contigo, no me voy a quejar encima. Oye, que hubiera estado genial tomar luego una copa y tal, ¿eh? No te lo niego, pero que ya habrá ocasión. Es más, a lo largo de la semana se me ocurrirá otra apuesta que pierdas.

Si era como la primera, bendito sea Dios. Mi padre y yo habíamos hablado un par de veces más durante la semana y, cada vez que eso sucedía, nos costaba mucho colgar el teléfono. Ambos teníamos la sensación de que era demasiado el tiempo perdido...

—Bueno, bueno, que no siempre te vas a salir con la tuya, ¿eh? Alguna vez ganaré yo...— Polo se mostró optimista en ese sentido, igual que en todos.

—Pues nada, entonces tendrás que dejar que te invite...

—Ya, ya veo, tú la ganas o la empatas, ¿no?

—Siempre. Oye, ¿y qué tal Eric? Me dijiste que ya tiene el caballo...

—Sí, se llama “Ganador” mira que fue humilde quien le puso el nombre...

—Eso está bien, hay que poner el listón alto en la vida.

—Ya, ya, pues nada que está como unas castañuelas con él, con decirte que quería que lo lleváramos a casa.

—Esa casa tuya que todavía no conozco, por cierto...

—Tienes razón, debo invitarte un día de estos, soy un poco desastre.

—No es que “debas”, yo lo que deseo es que tengas ganas de invitarme, ¿ok?

—No seas bobo, claro que sí... Lo único es que te pediría una cosa, necesito que vayamos despacio, ¿lo entiendes?

—Ya, ya, te han hecho mucho daño y ahora vas con pies de plomo, ¿no es eso?

—Más o menos. —Me lo puso a huevo con su respuesta.

No es que fuera eso sino más bien que, si a Polo le quedaban varias semanas para comerse un rosco, debería al menos tener una explicación antes de pensar que lo estaba utilizando de pagafantas.

—No te preocupes, bonita, lo último que deseo es presionarte.

Me sentí muy bien al escuchar aquellas palabras. Bastante mal me sentía yo ya como para recibir presiones externas. De haberlo hecho, hubiera estallado. A las doce de la noche, como a Cenicienta, me dejó en la puerta de mi bloque, no sin antes depositar un cariñoso beso cerca de la comisura de mis labios...

Pero cerca no significaba en ellos.

—¿Os veo mañana a Eric y a ti? No tengo a María, pero podríamos hacer algún plan los tres...

—Seguro que se nos ocurrirá algo, no te preocupes.

Y tan seguro, como que estuve haciendo cábalas durante un buen rato y decidí que Faunia sería un lugar estupendo para visitar los tres, al aire libre y con un montón de animalitos alrededor que harían las delicias de mi niño.

Capítulo 7



Un par de semanas después ambos estábamos que no podíamos más...

—Necesito pasar un finde contigo, bonita, ¿crees que habría posibilidad? No sé si te has dado cuenta, pero me tienes loquito—me confesó aquella noche por teléfono...

—Algo he podido ver, sí...

—¿Tú qué sientes por mí, Dafne? Algunas veces tengo la sensación de que...

—Sé que quizás estemos yendo demasiado despacio, pero hazme caso, todo va sobre ruedas.

Y es que no habían sido pocas las veces que intentó besarme y que yo me hice la loca. Demasiada paciencia estaba mostrando conmigo, en algunas ocasiones pensaba que la situación era insostenible.

Hablé con la agencia y me confirmaron que aquel último servicio había sido encargado por Ricardo. En cierto modo lo preferí, porque así me despediría de él; la siguiente semana llegaría mi padre y yo no trabajaría más.

Hablé por teléfono con Polo antes de que él saliera en directo y, con la excusa de que me dolía un poco la cabeza, nos despedimos hasta el día siguiente.

—Cuídate mucho ¿y has pensado en lo que te dije sobre el fin de semana?

—Sí, creo que este podría ser el nuestro, ¿te encargas tú de organizarlo todo?

—¿Me lo dices en serio? De absolutamente todo, faltaría más...

Una vez saliera aquella noche de la suite de hotel en la que siempre me veía con Ricardo daría por concluida oficialmente mi etapa como prostituta y ya me sentiría libre para caer en sus brazos. No veía la hora de hacerlo, esa era la realidad.

—Buenas, Ricardo, ¿cómo estás? —le pregunté al entrar en la suite.

—Muy bien, preciosa. Y ahora que te veo, mucho mejor.

Aquel comentario me escamó un poco pues, aunque los clientes, y en particular él, me trataban genial, noté un poco más de familiaridad de la habitual en sus palabras.

—Me alegro...

Iba a entrar al baño como era mi costumbre cuando él me tomó por el brazo.

—Anais, tengo que hablar contigo.

—¿Te pasa algo? Mira que si te lo has pensado mejor y te apetece que hoy no hagamos nada, puedo irme...

Yo ya estaba tan enganchada a Polo que me sentía rematadamente mal esa noche.

—No, no es eso, es que tengo que decirte algo.

—Pues mira que ya somos dos, yo también quería comentarte una cosita hoy antes de irme.

Ricardo me había tratado siempre fenomenal y yo creía que era justo que me despidiera de él y no que en la agencia le dijeran que me había dado de baja y punto.

—Tú primero, por favor—me invitó.

—No, primero tú...

—Bien, pues entonces allá voy...Anais, o quizás debería llamarte...—Lógico que me estaba dando pie a que le comentara mi nombre real y creí que no tendría nada de particular revelárselo, dado que no nos veríamos más.

—Dafne, me llamo Dafne...

—Un nombre precioso para una mujer maravillosa, si me lo permites.

—Cómo no...

Acabáramos, si por dinero le permitía otras muchas cosas, sería ridículo no permitirle que me tratara así.

—Pues bien...—carraspeó—, no me cabe ninguna duda de que este no es el sueño de tu vida, Dafne. Es más, apostararía un brazo a que tú tienes estudios, aunque nunca hayamos

hablado de ello.

—No, no hemos hablado ni de ello, ni de casi nada, es cierto. Aunque a veces pueda parecer otra cosa, no somos amigos; la nuestra es una relación profesional.

—Lo sé y si te estoy abrumando, me lo dices.

—No, no es eso, sigue por favor...

—Dafne, ¿qué has estudiado? ¿Te importaría decírmelo?

—No, bueno... Verás me especialicé en Derecho Mercantil, lo que pasa es que no llegué a ejercer nunca...

La cara se me cayó un poco de vergüenza al decírselo, porque cierto que aquel no era el trabajo de mi vida, ni nada que se le pareciera. Yo había hincado muchos codos y todavía no me creía que hubiera acabado así.

—¿Y es muy osado preguntarte por qué no ejerces? ¿Acaso no has tenido la oportunidad?

—Bueno, podría decirse así. Digamos que, en mi círculo, alguien me puso la pierna encima para que no levantara la cabeza.

Se dice el pecado, pero no el pecador y yo preferí omitir que el infeliz que había hecho aquello era el padre de mi hijo.

—¿Y si te dijera que yo podría ayudarte? Mañana mismo podrías salir de este círculo...

—¿Y eso? Cuéntame, por favor...

—Verás, soy un hombre de negocios y tengo muchos contactos. En concreto, lo mío es la Economía, pero mantengo excelentes relaciones con un buen puñado de abogados que podrían echarte una mano. Por no decirte que en mi propia empresa podrías tener un hueco; sí creo que esa sería la mejor opción. Si llegamos a un acuerdo económico, yo mismo podría contratarte y empezarías en cuanto quisieras. Eso sí, hay una pega, tendrías que trasladarte a Madrid.

—¿A Madrid? No me fastidies que vienes desde allí cada vez que nos encontramos.

—Pues sí, me temo que sí. —Enrojeció un poco.

—No, si es normal, es que lo más grande es que yo también. Si lo hubiéramos sabido, habríamos podido venir juntos y ahorrado en gasolina. —Me reí.

—Créeme que el dinero no es un problema para mí. Además, yo por verte hubiera ido al fin del mundo de haber sido necesario.

—¿Cómo has dicho? — Ahí sí que me quedé estupefacta.

—Lo que has escuchado, Dafne, hace meses que estoy enamorado de ti. No me pasaba desde hace mucho, ya sabes, todos nos hemos llevado un palo en el amor que tarda en cicatrizar.

—Ni que lo digas, unos más que otros, pero todos llevamos lo nuestro.

—Pues eso, yo me había apartado de todo lo que tuviera que ver con lo sentimental hace años, por eso recurrí a los servicios de la agencia. Procuraba no implicarme con ninguna

mujer; me he dedicado mucho a mi trabajo y a mis viajes... hasta que te conocí a ti y lo cambiaste todo.

Aquella confesión también acababa de cambiarlo todo para mí. Por unos instantes me hice la ilusión de que comenzaría a trabajar de inmediato en la empresa de Ricardo, pero si él estaba enamorado de mí, eso lo impediría...

—Ricardo, yo no sé qué decirte, verás, debo ser muy torpe, pero ni siquiera me había dado cuenta de nada...

—No es que seas torpe, yo también he sido de lo más reservado, no te he dado ni una pista; es que mi corazón ha estado oxidado durante demasiado tiempo hasta que tú, como si de un reloj se tratase, parece que le has dado cuerda... No digo que tú debas quererme igual que yo, pero acepta mi ayuda y dame la oportunidad de conocernos, lejos de las paredes de esta suite, como dos personas normales. No quiero ser más tu cliente, quiero que, si alguna vez vuelves a estar conmigo, lo hagas porque te apetezca y no porque me debas nada.

—Todo esto me ha cogido demasiado de improviso, pero creo que no podré aceptar tu ayuda, Ricardo. No obstante, quiero que sepas que tu oferta ha sido de lo más generosa. Lo que has hecho por mí no han tenido la decencia de hacerlo muchas de las personas que un día se llamaron mis amigos y luego me dieron la espalda. Quiero que sepas que no lo voy a olvidar nunca.

—Pero yo no quiero que sigas haciendo esto. Trabaja conmigo, aunque no veas ninguna posibilidad de quererme, pero deja al menos que te saque de este mundo, se me parte el alma, te quiero demasiado para esto.

A mí sí que se me partió el alma porque Ricardo no podía estar siendo más bueno conmigo. No había visto en mi vida nada igual...

—Te lo agradezco en el alma, pero creo que va a ser mejor que no me meta en esas. Verás,

no sé cómo explicarte esto, pero yo estoy conociendo a una persona y no creo que sea buena idea que trabajemos juntos, lo entiendes, ¿verdad?

—Pero ya te he dicho que, aunque no me quieras, te ayudaré igual. Tienes que dejarlo, Dafne.

—En eso tienes razón y no te preocupes porque lo dejaré. De hecho, era lo que venía a decirte hoy, que sería la última vez que nos viéramos.

Sé que se alegró de corazón de que yo lo dejará, pero aquel “la última vez que nos viéramos” le cayó como una pesada losa en el alma; lo vi en sus ojos y, sin más, le di un abrazo.

En ese instante fueron muchas las emociones que afloraron por parte de ambos, hasta el punto de que las lágrimas corrieron por mis mejillas al mismo tiempo que lo hicieron por las suyas.

Durante cinco minutos permanecimos así, en silencio, hasta que yo lo rompí.

—Creo que será mejor que nos despedamos ya. Ricardo, quiero que sepas que para mí ha sido todo un placer conocerte y que estoy segura de que volveremos a vernos algún día—lo dije por decir, me refiero a eso último, pero es que una a veces no sabe qué decir en ciertas circunstancias. Y aquella era una de esas.

—Ojalá, ojalá que sea así, Dafne.

Ricardo se despidió dándome un beso en la mejilla y yo salí la primera de la suite sin mirar hacia atrás. Aunque su declaración me había impactado y entristecido por él a partes iguales, no podía sino sentirme liberada por dejar aquella vida.

Aceptar su ofrecimiento habría sido un error, pues tarde o temprano el enamoramiento que él sentía por mí habría enturbiado nuestra relación laboral. Y por fortuna, mi padre llegaría en una semana y yo tendría una ayuda inestimable con él.

—Ya está, se ha acabado—le confesé a Sofía cuando hice aquella llamada de control a la salida.

—¿Tan pronto? Te esperaba más tarde...

—Es que los acontecimientos se han precipitado, ya te contaré. ¿Sabes? No voy a olvidar nunca lo que has hecho por mí y por Eric durante todo este tiempo...

—Oye, no te me pongas tan sentimental, que al final me va a dar llorona a mí también por tu culpa...

Sí que éramos dos lloronas buenas y así lo demostramos en aquel momento. Por fin me sentía preparada para irme con Polo aquel fin de semana...

De no haber sido porque supuestamente andaba con dolor de cabeza, le habría puesto un mensaje en aquel mismo momento, pues estaba deseando gritar a los cuatro vientos que por fin íbamos a estar juntos.

Aquella noche sí que estuve completamente de acuerdo con muchas de las letras de Luis Miguel que cantaban al amor. Por fin, después de tanto tiempo al lado del inepto de Edu, la vida me daba la posibilidad de conocer a un hombre que me parecía maravilloso.

Loca de contenta, conduje con más cuidado que nunca. Pensé en lo horrible que sería que sufriera algún percance en la carretera y Polo se enterase de que no estaba en la cama, sino

de ida y vuelta a Toledo.

No, no habría más mentiras en nuestra vida. Pensaba hacer borrón y cuenta nueva. Jamás había sido amiga de esas, de las mentiras, y no iba a ser ahora cuando nos diéramos la manita.

Llegué y me abracé a Eric, que estaba profundamente dormidito. No sé cuánto tiempo me quedé así, lo único que sé es que me quedé dormida en su cama sin apenas darme cuenta...

Y es que fue tanta la paz que sentí... Hacía mucho tiempo que llevaba una doble vida; y la segunda de ellas sin apenas darme cuenta me había hecho mucho daño.

Ahora encararía el futuro de otra forma. De hecho, soñé con el reencuentro con mi padre y con mi nueva vida... Una nueva vida en la que Polo ocupaba un papel protagonista y que me emocionaba más y más por día que pasaba. Fui tan feliz, que puedo decir sin temor a equivocarme que rocé el cielo con la punta de mis dedos...

Capítulo 8



...Y llegó ese fin de semana y con él mi maravillosa huida con Polo. No voy a decir que todavía no nos hubiéramos ni siquiera besado porque eso lo hicimos al día siguiente de verme con Ricardo.

Sucedió al salir del gym, cuando Polo me invitó a almorzar para hablarme de los pormenores de nuestro finde.

—Te prometo que todavía no puedo creerme que te vayas a venir conmigo, ¿dónde te apetecería que fuéramos? —me preguntó.

—¿Tú crees que eso me importa mientras sea contigo?

—¿No te importa? —me preguntó con bastante interés.

—Absolutamente nada—le contesté con total decisión.

—Pues entonces no se diga nada más, conozco un puente precioso, podríamos refugiarnos debajo de él...

—Arreglado entonces. —Le seguí la broma.

Seguro que el “puente” en cuestión no iba a ser cualquier cosa, pues detallista y generoso era como él solo.

Él aprovechó mi risa al pronunciar aquel “arreglado” para acercarse a mi y darme un caluroso primer beso cuyo sabor quise conservar para siempre. Qué bien sabe aquello que uno ha tenido que esperar durante largo tiempo...

El viernes por la tarde Eric se marchó con su padre, no sin antes tener una trifulca con este último, para no variar.

—Por cierto, Dafne, al final este finde no me lo quedo hasta el domingo, te lo traigo mañana sábado porque Marga y yo tenemos planes, ¿ok?

Yo estaba de lo más acostumbrada a que él hiciera ese tipo de guarradas porque no mostraba ni el más mínimo interés en estar con su niño.

—No, Edu, esta vez va a ser que no, te lo vas a quedar hasta el domingo. Si tienes planes los cancelas, es tu finde con Eric y esa debería ser tu prioridad—le dije mientras el niño permanecía ajeno a la conversación ya sentadito en su sillita del coche.

—¿Cómo? ¿De verdad te has pensado que tú vas a mangonear en mi vida? No te lo has creído ni borracha. Si te digo que te lo traigo mañana es que te lo traigo mañana—vociferó.

—Ya puedes bajar el tono de voz, que vas a alertar al niño y no, no lo vas a traer mañana. Esta vez yo también tengo planes, de modo que los tuyos con Marga deberán esperarse al finde que viene.

Ea, ya lo había dicho. Desde nuestra separación Edu había hecho y deshecho a su total antojo con las visitas del niño. Y como yo no hacía planes con ningún hombre, lo cierto es que me la había traído al paio. Hasta ahora, que no estaba dispuesta a dejar que se riera

más de mí, ¡ya estaba bien!

—¿Tienes planes con el periodista ese? ¿Es eso?

—Eso no es de tu incumbencia. Puede que sean con él o con Perico de los Palotes, pero lo que debes tener claro es que a partir de ahora vas a cumplir el régimen de visitas a rajatabla, ¿me entiendes?

La seguridad aplastante con la que le hablé le dejó patidifuso. Edu estaba acostumbrado a tener la sartén por el mango en su relación conmigo hasta después de separados y eso se había acabado.

—No me aprietes las tuercas, Dafne, te lo advierto, que todavía te puedo poner las cosas más difíciles—me amenazó.

—Ya no me dan miedo tus palabras ni tus actos, eso ya se ha acabado, te lo advierto. — Utilicé adrede esas mismas palabras tuyas para recalcar que también hablaba pero que muy en serio.

Edu se subió en el coche y salió de allí disparado. Mi niño me decía adiós con la manita como haciéndole gracia el acelerón que dio su padre. Angelito mío, poco podía él entender la situación y mal rayo partiera al otro por actuar de ese modo.

Miré el reloj y faltaba justo media hora para que Polo viniese a por mí. Yo ya estaba arreglada, con el maquillaje con tonos nude intacto y el pelo perfectamente planchado. También llevaba la manicura francesa en las manos y mi perfume preferido de Cacharel, ese que un día me dio nombre en un mundo que sentía cada vez más lejano.

Subí y me puse una graciosa faldita de pata de gallo con forma de campanita que me hacía una silueta espléndida, junto con un jersey negro de punto que me quedaba fenomenal, al

resaltar mi delantera.

Cinco minutos antes de la hora convenida tomé mi chaquetón de tres cuartos y bajé, pues me avisó de que había llegado...

—Estás maravillosa y yo feliz—me dijo al montarme en el coche dándome un nuevo y cálido beso, pues ya eran varios los que habían caído entre nosotros desde aquel primero.

—Tú feliz y muy guapo también—añadí.

—Eso es por tu reflejo...

No, obvio que no lo era. A Polo le sobraban atributos para ser nombrado “Mr. Lo que fuera”, pero encima era tela de modesto.

—Va a ser que no, anda, tira, ¿dónde vamos?

—¿Te gusta Salamanca?

—Me encanta, claro... Hice allí un curso de la carrera, ¿no te lo he contado nunca?

—No, siempre has sido un poco reservada con todo lo que concierne a tu vida profesional, pero ya me irás contando; muero por saber más cosas sobre ti.

Pues estábamos apañados porque de mi vida estudiantil sí que podía contarle, pero de mi faceta como abogada mi currículum permanecía en blanco. Y en lo tocante al otro trabajito, ese es que no lo iba a mentar en la vida, antes muerta.

Y hablando de muertes, muertos de la risa fue como llegamos a Salamanca, precisamente contándonos una y mil anécdotas de nuestra época de estudiantes, que ambos vivimos con la máxima de las ilusiones.

También hablamos de los niños, que esos nunca se nos caían de la boca...

—¿Te has fijado que tenemos la parejita? —me preguntó.

—Sí, sí, es la situación ideal, con una parejita ¿quién quiere más?

—Yo, yo querría más, por mí aumentaría a otra parejita más...

—¿Qué dices? ¿Tan niño eres?

Yo sabía que tenía *feeling* con los niños porque lo notaba en cada uno de sus movimientos con María y ahora también con Eric. El día que fuimos a Faunia se comportó como un auténtico padrazo con mi hijo y esas no son cosas que a una mujer se le pasen por alto.

En cualquier caso, decidimos que aquel era un finde para nosotros, que nos habíamos ganado a pulso un poco de desconexión.

—No nos vamos a quedar en la capital, aunque podremos visitarla, me he decantado más bien por un ambiente rural, espero que sea de tu gusto—me confesó.

—Seguro que sí.

Dicho así, “por un ambiente rural”, parecía que me fuera a llevar al pajar de Heidi a jugar con Copo de Nieve, pero nada más lejos de la realidad...

—¡Guauuu! No conocía este hotel—le comenté al llegar a aquella población a unas decenas de kilómetros de Salamanca capital. De estilo señorial, tenía una presencia impresionante y lo mejor era que combinaba la estética tradicional con la máxima de las funcionalidades, ofreciendo incluso un magnífico SPA a sus clientes.

Y, por si eso fuera poco, cuando llegamos a la suite, en la que nos esperaba una impresionante cesta con frutas de temporada y una botella del mejor champán con dos copas, descubrí que teníamos nuestro propio jacuzzi.

—Te has superado, Polo, no esperaba tanto. —Le di un abrazo.

—Pues lo que no tienes que hacer es esperar nunca menos. Tú te lo mereces todo y yo te lo voy a dar...

Jamás me había sentido tan mimada... Me acerqué a él y fui yo quien le besé. Digamos que, antes incluso de haber soltado las maletas, los dos supimos que había llegado el momento; fue mirarnos, comenzar a besarnos y saber que nada podía ya parar la maquinaria de la pasión que allí se estaba poniendo en marcha.

Demasiado tiempo sin darme a nadie por amor, tuve que resetear... y lo hice en un minuto. Olvidé lo mecánico que había sido para mí el sexo en los últimos tiempos y me entregué a una pasión que jamás había experimentado.

Puedo decir con certeza que logré olvidar todo lo vivido en el último año y centrarme en hacer de aquella experiencia un momento absolutamente único.

El mimo y la delicadeza con los que me trató Polo también ayudaron a ello y no poco. No obstante, conforme entró en mí y lo hizo con todo el cariño del mundo, acariciando cada recoveco de mi piel a la par que mi alma, le pedí que diera rienda suelta a aquello que sus ojos me decían; que la pasión se desbordaría mientras subía de revoluciones en aquel jacuzzi en el que ambos nos introdujimos con las máximas de las expectativas.

Unas horas después, antes de dormir, ambos concluimos que lo que allí había pasado solo podía definirse de una forma; habíamos hecho el amor por primera vez, pero no por última... Si el destino nos acompañaba, eso sería lo que hiciéramos a partir de ese instante cada vez que tuviéramos la ocasión, pues amor era lo que se estaba generando entre ambos...

El fin de semana transcurrió sin que pudiera ponerle una pega. Si atento y cariñoso me había parecido Polo hasta el momento, no digamos ya cuando tuve la oportunidad de conocerle en la intimidad. Y luego no le faltaba un detalle a aquel bombón andante.

Para colmo, cada vez que hablaba con Eric por teléfono, me preguntaba por él. Yo me reía para mis adentros imaginándome al impertinente de su padre resoplar mientras esperaba a que acabáramos de hablar, porque le debían estar entrando sudores fríos de que mi niño mostrara tanto interés por mi chico.

El domingo por la tarde solo una idea se me pasaba por la cabeza de vuelta a Madrid; no tenía ninguna gana de separarme de Polo.

—¿Qué piensas? —le pregunté para cambiar un poco el tercio, pues sabía que no tenía más remedio que volver a mi casa.

—En que tengo ganas de secuestrarte, no sé cómo voy a poder dormir solo esta noche, me he acostumbrado demasiado mal durante estos días.

—¿No me digas? Pues yo te voy a echar ni una chispita de menos, me voy a colocar en el centro de mi enorme cama y echaré los brazos así para los lados, como si fueran las aspas de un helicóptero. —Hice el movimiento y causé sus carcajadas.

—¿De verdad no me vas a echar un poquito de menos?

—Nada, nada, ni un poquito. Aunque a lo mejor un muchito sí, terminé confesándole cuando aquella carita tan preciosa se volvió de corderito degollado...

—No sé lo que voy a hacer contigo, no lo sé, me tienes loquito...

Y él no se quedaba atrás, pues también me tenía loquita a mí. Visto lo visto, no creía yo que ninguno de los dos fuéramos a tardar demasiado en dar el siguiente paso, pues cada vez nos iba a costar más separarnos del otro. El caso, claro está, era que yo debía arreglar varias cosas antes de eso, porque en lo profesional todavía tenía mi vida manga por hombro, cuando a sus ojos se suponía que todo estaba perfecto.

Menos mal que esa semana llegaba mi padre y todo se arreglaría. Ya raro era el día en el que no me hacía una llamadita de teléfono para saber de mí y del niño. El hombre se había tomado a pecho lo de retomar nuestra relación y conocer a su nieto.

Me comentó que en este primer viaje vendría solo pues su pareja, Águeda, tenía que atender unos negocios allí en Suiza. Al fin y al cabo, ella era varios años más joven que él y todavía estaba en activo.

Sinceramente lo prefería porque era mucho el tiempo que tenía por recuperar con mi padre y qué menos que tener unos días para hacerlo solos. Ya contaba las horas para que entrara por mi casa.

Capítulo 9



En un hotel decía el hombre que se iba a quedar para no molestarnos. Y es que así era el cabezota de Alfredo, mi padre. Ni loca lo hubiera dejado.

Yo siempre le había dicho que su nombre le venía como anillo al dedo porque se parecía mucho a Alfredo Kraus, el cantante. Diría que a ese hombre le pasaba como a los buenos vinos, que ganaba con la edad, a tenor de lo que vieron mis ojos cuando lo tuve delante de mí.

No consintió en que fuera a por él al aeropuerto, ya que llegaba por la tarde-noche y quería que me ocupara personalmente de Eric.

Cuando llegó ya mi hijo estaba bañado y, aunque en pijama, listo para conocer a su abuelo.

Abrí la puerta con el corazón en un puño. Mi padre entró cargado de paquetes y Eric dio un salto, porque muchos de ellos mostraban un llamativo envoltorio infantil.

—Mami, mami, ¿es el abuelo o Papá Noel? —Me guiñó el ojo porque mi niño era la monda lironda y tenía unas cosas que para qué...

—Es el abuelo, es el abuelo, cariño...—Yo estaba abrazada como una lapa a mi padre. Por mucho que a veces hubiéramos chocado en el pasado, yo siempre aprecié una barbaridad sus abrazos, por lo que no tenerlos en tantos años hizo que los echara mucho de menos.

Eric se abrazó a ambos y mi padre lo miró.

—Y este muchachito tan guapo y tan ingenioso debe ser Eric—le dijo mientras lo tomaba en brazos y le daba un abrazo fortísimo también.

—Sí, yo soy Eric y tú eres el abuelo. Sé que no has podido venir a verme antes porque estabas de viaje muy, muy lejos, pero que lo has hecho en cuanto has podido, muchas gracias abuelito.

En ese momento a mi padre se le cayó la baba y asintió para darme las gracias. Por supuesto que yo jamás le hubiera dicho a mi niño ni media palabra en contra de su abuelo por mucho que hubiera estado enfadado con él.

Lo que pasó entre mi padre y yo era cosa de adultos, y Eric no tenía por qué saber nada. Además, y aunque mi padre hubiera sido bastante pejuguera, lo cierto es que en la mayoría de las cosas que me dijo de Edu tenía toda la razón, por lo que nada de aquello hubiera ocurrido de no haber tenido yo una venda tan grande en los ojos que no me permitía observar con nitidez la realidad.

—Hija de mi vida, ¿pero este niño cómo sabe tanto? Sí, muchachito, no sabes cómo me alegra conocerte y, a partir de ahora, no habrá distancia capaz de separarnos, ¿lo sabes?

—¿Ni aunque te vuelvas a vivir al Polo Norte? —le preguntó Eric que estaba de lo más parlanchín.

—¿Al Polo Norte? Nieto mío, yo nunca he vivido allí.

—¿No era allí? Es que mamá me dijo que donde tú vivías hacía demasiado frío, que por eso

no podíamos ir a verte nosotros estos años, y yo creí que era el Polo Norte. —Se rascó la cabeza en señal de que le chirriaba que no fuera eso...

—No, pequeñajo, no era el Polo Norte, vivo en Suiza, es verdad que no he estado cerca.

Desde luego que no había estado cerca, no ya por la distancia física, sino por la emocional que habíamos puesto entre los dos. Pero eso se había acabado.

—¿Y esos regalos? ¿Alguno es para mí? —Movi6 sus piecillos en señal de impaciencia y mi padre y yo nos carcajamos.

Eric se entretuvo un buen rato en abrirlos porque cierto que su abuelo había traído un cargamento. Miraba a su nieto embelesado y hasta me pidió que les hiciera varias fotos juntos.

—Mira qué dos generaciones más guapas—le comenté a mi padre mientras le enseñaba la foto.

—Mi nieto, mi nieto es el guapo... Yo ya voy cuesta abajo y sin frenos, hija mía—me contestó.

—Papá, ¿eso es una broma? Si estás hecho un auténtico galán, Águeda debe estar encantada contigo.

—Sí que nos va muy bien, esa es la realidad.

—Pues normal, pero mírate, ¡si estás formidable!

—¿Tú crees? Pues mira que yo me veía un poco de capa caída, sería tu ausencia que me ha pesado demasiado, hija, y la de ese muchachito que está ahí. —Señaló a Eric que estaba como loco con los regalos.

—De capa caída nada, los años te han tratado fenomenal, papá.

—Pues a ti ni te digo, hija, ahora te pareces una barbaridad a tu madre. Yo la quise a más no poder, ¿sabes? Y su pérdida fue para mí irreparable. No obstante, ahora, como te digo, estoy muy feliz con Águeda. Y para colmo apareces tú en un momento que para mí es bastante especial.

—¿Bastante especial, papá? ¿Por qué?

—Porque me caso con ella, hija, el mes que viene en Suiza. No sabes la de veces que tuve el teléfono en la mano para invitarte a esa boda y después lo soltaba. El destino ha querido que tú dieras el primer paso y no te imaginas lo que se lo agradezco, porque sin ti nada hubiera sido lo mismo en un día tan importante.

—Papá, ¿te casas? Pero ese es un notición.

—Sí, hija, me caso. Así que ya puedes ir buscando vestido que yo me encargo de todos los gastos, ¿ok? Por cierto, veo que esta casa en la que vivís tiene que darte unos gastos tremendos, tenemos que hablar de dinero, no quiero que lo pases mal.

—Bueno papi, ya hablaremos de todos esos temas después. ¿Y para mí? ¿Has traído algo para mí? —Salí por la tangente, ya que prefería dejar esa conversación, la de las cuestiones económicas, para más tarde.

Y claro que había traído, qué cantidad de cosas, entre las que destacaban algunos objetos personales de mi madre que él guardaba celosamente y que le agradecí sobremanera que

me entregara.

—Nadie mejor que tú para tenerlos, mi niña. Eso es lo que ella hubiera querido y también lo que quiero yo.

—Gracias, papá, no sabes lo que significa para mí este gesto tan bonito...

La cena fue muy animada y, mientras él recogía la mesa, yo acosté al peque.

—Has hecho un gran trabajo con ese niño, no sabes lo orgulloso que me siento de ti—me comentó mi padre en cuanto estuvimos a solas tras la cena.

—¿Un bombón de licor de cereza? —Le ofrecí.

—Dafne, te has acordado...

—Cómo no me voy a acordar, papá, me he criado viéndote comer uno de estos cada día tras la cena. A mí no me dabas porque decías que no eran para los niños...

—Sí, hija, yo también lo recuerdo. A ti te gustaban aquellos otros, los de praliné.

—Ahora también me gustan los de licor de cereza, papá, y ni se te ocurra decir nada, que todavía me verás pequeña para tomarlos...

Nos echamos a reír al unísono y paladeamos aquella exquisitez, tras lo cual llegó la pregunta del millón.

—Dafne, ¿qué necesitas? Si tienes problemas de liquidez yo ahora mismo puedo expedirte

un cheque.

—No, papá, bueno verás... En realidad, sí que tengo que pedirte algo, pero no es dinero. El dinero puedo ganarlo yo y eso es justamente lo que quiero. Digamos que Edu me boicoteó tras nuestro divorcio y nadie quiso contratarme, sabes que tiene bastante poder y...

—Y menos vergüenza que nadie que yo conozca. Hija, ¿cómo no acudiste antes a mí si te estaba ocurriendo eso?

—Por vergüenza, papi, por vergüenza...

—Si quieres, mañana mismo podemos ir al despacho de abogados de un buen amigo mío, es uno de los grandes de la ciudad. Previendo esto, ya le dije que era probable que necesitara un favor y me dijo que contara con él para todo lo que fuera necesario...

—Papá, pero eso es un sueño...

—Nada de sueños, a partir de ahora todos los sueños se te van a convertir en realidad, que vales tú mucho para que ningún mierda te ande pisando.

Después de que yo le confesara aquello, mi padre sí que se la tendría jurada a Edu de por vida. Y es que su comportamiento podría calificarse de criminal, ya que no solo le había faltado el tiempo para pisotearme, sino que no me dejaba levantar cabeza, el muy desgraciado.

—Gracias, papá. Y hay otra cosa... bueno, mejor dicho, otra persona a la que quiero que conozcas; se llama Polo y es el hombre que está haciendo mi vida feliz de un tiempo a esta parte. Bueno, mira, ¿quieres verlo? En ese instante puse las noticias y allí estaba él.

—¿No me digas que es él?

—El mismo, papá, es un amor. Créeme que yo ya he aprendido y que sé diferenciar el atún del betún. Polo no es ningún patán y no sé si está más enamorado de mí o de tu nieto. También tiene una hija, María, que esa sí que le pone ojitos a Eric, es un poco lío, pero en nada te acostumbrarás.

—Esta sí que es una buena nueva, Dafne, ¿y cuándo tendré el honor de conocer a mi futuro yerno?

—A ver, papá, que llevamos muy poquito, pero que me da que sí... Polo reúne todas las características para ser tu futuro yerno y a mí me gustaría mucho que así fuera.

—Pues así será, Dafne, seguro que está entusiasmadísimo contigo, te has convertido en una mujer de bandera.

—Gracias, papá, pero el caso es que tengo que pedirte un favor más...

—Dime, hija, que me siento generoso.

—No, que no es nada económico, anda ya...—Mi padre estaba de lo más risueño.

—Dime, pues.

—Polo piensa que ya trabajo de abogada, no menciones para nada que estamos en ello.

—Dafne, ¿y eso por qué? Yo puedo haber estado en desacuerdo en muchas cosas contigo, pero siempre he tenido clarísimo que tú odias las mentiras, ¿cómo has llegado a mentirle a

ese chico y en algo tan importante?

—Papá, no te equivocas... Yo odio las mentiras, pero es que no podía soportar que él pensara que yo era una vaga o una chupóptera. Por eso un día comencé a enredar un poco y, al final, tenía una madeja enorme entre las manos... De todos modos, él no lo sabrá nunca y será la única cosa entre nosotros que no sea cierta.

—Eso espero, cariño, porque una relación debe estar basada totalmente en la sinceridad y lo sabes.

—Lo sé, lo sé, papá.

Nuevamente me sentía mal porque ahora era a él a quien le estaba mintiendo, pero es que tenía que salir de aquella de una vez. Palabra que no volvería a mentirles nunca a ninguno de los dos.

Traté de pasar página de ese tema y nos centramos en Eric, en mi separación, en su boda... Imposible ponernos al día en unas horas.

—Es muy listo y se queda con todo, papá. Y, otra cosa, un gran jinete. Ha logrado que hace poco le compre un caballo “Ganador” se llama... Mañana te enseñaré todos sus trofeos, los tiene en su dormitorio como oro en paño.

—Pero bueno, este chavalín es que lo tiene todo, cariño mío...

—Sí, papá, es un niño excepcional, de veras que lo vas a adorar, no tengo ninguna duda.

—Ni yo tampoco, Dafne, sobre todo porque ya lo adoro, ¿sabes? —De los ojos de mi padre rodaron unas cuantas lágrimas en dirección a sus mejillas y es que el hombre estaba muy,

pero que muy emocionado.

Le escuché charlar con Águeda mientras yo ponía unas copas y no hablaba más que maravillas de nosotros. Se notaba a la legua que estaba rematadamente feliz de estar en casa con su familia y más todavía cuando le confirmó que asistiríamos a su boda.

—Sí, mi amor, ahora sí que lo tengo todo. Ese va a ser un día glorioso y he pensado que el pequeño podría llevarnos los anillos, ¿te parece?

Escuché que Águeda le contestó que era una idea estupenda mientras le acercaba la copa a mi padre. Pues nada, ya tenía un nuevo cometido mi niño...

Capítulo 10



Después de dejar a Eric en el cole a la mañana siguiente nos dispusimos a ir a aquel prestigioso despacho de abogados situado en uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad.

—Alfredo, amigo, por ti no pasan los años—le saludó su amigo Evaristo.

—Lo mismo te digo, querido amigo, te presento a mi hija, Dafne. Ella necesita trabajo, como te adelanté que era posible que ocurriera...

—Lo he tenido en cuenta y, previendo la especialidad que me dijiste que tenía, ya he creado un puesto a su medida aquí en el despacho.

Yo pensé que en ese momento me darían un pellizco, me despertaría y “adiós sueño, trabajo y toda la película”, pero pareció que no. Sobre todo, porque permanecimos en el despacho por espacio de dos horas, durante las que incluso dejé firmado el contrato.

Evaristo se encargó personalmente de todos los detalles y hasta tuvo la deferencia de preguntarme si me parecía bien el sueldo, que era de lo más generoso.

Menos mal que, por si las moscas, previendo la posibilidad de que mi suerte cambiara, yo me había reciclado durante el último año, porque para mi sorpresa me dijo que empezaba a trabajar al día siguiente.

—¿Estás contenta; Dafne? —me preguntó mi padre cuando salimos de allí.

—¿Bromeas, papá? Estoy como unas castañuelas. Me incorporo mañana mismo, ¿lo has oído?

—Perfectamente y eso solo significa una cosa.

—¿Qué? No sé a qué te refieres.

—Pues que tú y yo vamos a ir de compras. Sí, ya sé lo que me vas a decir; que tienes de todo, pero ropa de trabajo no debe abundar en tu armario. No se te ocurra decir ni media palabra que nos vamos...

Debimos recorrer todas las tiendas de Madrid. Lo pasamos de fábula, mientras él esperaba acomodado en los asientos y yo salía una y otra vez con decenas de prendas que habíamos seleccionado juntos cuidadosamente.

No en vano, mi padre siempre tuvo fama de ser un hombre muy elegante y seguía haciendo gala de ello. Entre eso y su porte, comprobé que seguía teniendo el sexapil de antaño cuando varias mujeres de distintas edades se le quedaron mirando por la calle.

Al mediodía parecíamos dos percheros andantes, por lo que fuimos a mi casa a dejar todos los paquetes antes de ir a almorzar con Polo. Eric almorzaría en el cole porque así sería una reunión un poco más de adultos en la que pudiéramos tratar distintos temas que al niño le aburrirían.

—Hoy te he echado de menos en el gym, preciosa—me dijo mientras me daba un beso, pues mi padre andaba pagando el taxi.

—Y yo a ti, te voy a presentar a tu suegro, ¿nervioso?

—¿Muerde? —me preguntó con su particular humor.

—No, claro que no—le respondí dándole un toquecito en el hombro porque decía unas cosas que me hacían desternillarme.

—Usted debe ser Alfredo—le dijo adelantándose y dándole la mano.

—¿Quién te ha dado permiso para hablarme de usted? —bromeó también mi padre, parecían que estaban los dos sembraditos.

—De acuerdo, Alfredo, te tutearé. Encantado, yo soy Polo...

—¿Qué es esto? Pero mira que sois rapiditos los dos, no me habéis dejado ni presentaros...

—Me eché a reír porque qué otra cosa podía hacer.

El almuerzo resultó muy divertido. Mi padre se mostró de lo más dicharachero y se notaba que Polo le había caído genial, pues él era de esas personas que no sabían disimular cuando no ocurría así.

Dado que yo le había advertido de que no tratásemos temas profesionales, llevó la conversación por otros derroteros y le contó a Polo mil y una anécdotas de cuando yo era pequeña.

—Aquí donde la ves era un trasto de mucho cuidado. Ya sabes que me tocó criarla solo y todos los ojos fueron pocos, cada vez que yo notaba un silencio un tanto sospechoso en casa ya sabía de sobra que estaba tramando alguna.

—Así que un trasto, y ahora va en plan guardia civil con Eric, que lo tiene más derecho que una vela, y eso que es más bueno que el pan.

—¿Qué me estás contando, chaval? Así que ahora se han invertido las tornas y el guardia civil eres tú, Dafne. —Mi padre se desternillaba de risa porque yo había utilizado muchas veces esa expresión para dirigirme a él.

—Bueno, pero solo un poco, tampoco hagas caso, que Polo es un poco exagerado. Yo diría que sensacionalista, le sale la vena de periodista y ya se sabe...

—¿Qué dices, locuelilla? Pero si todavía me he quedado corto.

—Bueno, bueno, ¿de qué va esto? Mirad que no sé si ha sido buena idea que os conocierais, que al final estáis despotricando tela de mí...

Bien sabía Dios que no era así, pero yo me divertía haciéndolo ver. Aquellos dos hombres me querían bien y se mostraban muy felices de haber podido conocerse.

—Chaval, lo único que te pido es que me la cuides bien. Yo salgo para Suiza mañana por la mañana y la dejo en tus manos, a ella y a mi nieto, tu encomienda no es cualquier cosa.

—Alfredo, puedes irte bien tranquilo, los adoro a los dos...

—Un momento, papá, ¿qué es eso de que te vas mañana a primera hora? Me dijiste que te quedabas unos días.

—Así era inicialmente, cariño, pero los preparativos de la boda me están dando más trabajo del que pensaba. Mi futura esposa está llevando a la vez sus negocios y yo me encargo de

muchos aspectos del evento, pero en un mes nos vemos en Suiza. Y a ti también te veo, chaval, por supuesto que estás invitado.

La cara de felicidad de Polo era evidente. Había entrado por la puerta grande en mi familia y eso siempre satisface a una persona que quiere a otra.

Me dio muchísima pena que mi padre se tuviera que ir tan pronto, pero reconozco que me vino de perlas para centrarme en el trabajo a partir del día siguiente.

Evaristo me recibió al llegar y me presentó al resto de mis compañeros. Se trataba de un despacho multidisciplinar compuesto por una decena de personas.

De entre todos ellos, noté enseguida que iba a congeniar a la perfección con Trini y con Jorge, que parecían súper amables y llevaban temas de contabilidad, por lo que además trabajaríamos codo con codo.

No fue por casualidad que ellos me cayeran especialmente bien, sino porque se mostraron cercanos y cariñosos.

—No te extrañe si el resto te parece que están oliendo mierda, es su cara normal—me contó Jorge mientras me enseñaba algunas cuestiones del programa informático—, se supone que todos ellos son abogados de primera línea, lo mejor de lo mejor y siempre miran mal al último que llega. Incluso se ha corrido la voz de que pudiera ser que tu fichaje tuviera algo que ver con, ya sabes...

No, no caía, por mucho que Jorge me señalara a la pared.

—Con un enchufe, mujer, con un enchufe, que todo hay que decirlo.

Cielo santo, eso sí me dio un poco de pavor porque a ver a quién no le ocurriría. Claro que yo no estaba dispuesta a ser la típica que entrara en un despacho de esa categoría por su cara bonita y luego pusiera la mano para cobrar y punto.

Desde luego que yo no servía para eso e iba a demostrarlo a quien fuera menester, aunque mientras quizás sí tuviera que aguantar la cara de reproche de algunos de aquellos engreídos.

Trini entró en mi despacho para completar mi información.

—Ya Jorge te habrá puesto al día de que el principal requisito para entrar a trabajar en el despacho es el de ponerte la antirrábica, ¿no?

—Algo me ha dicho, sí.

—Bueno, no te preocupes, es que aquí la mala leche parece que crece en las plantas. Y mira que plantas hay un montón. —Señaló a nuestro alrededor y desde luego que aquello parecía la jungla amazónica.

—Buff, me está entrando un mal rollito que no veas.

—Nada, nada, yo he visto tu currículum y no tienes nada de lo que avergonzarte, además alguno de ellos también entró gracias a un empujoncito, lo que pasa es que luego los aires de superioridad les han provocado amnesia.

Jorge y Trini eran muy graciosos y yo agradecí mucho la información, pues aquel era territorio incógnito total para mí.

—Con la que debes tener más cuidado es con Tamara, la de Penal, que esa escupe veneno.

No te pongas muy cerquita de ella y, si aun así te cae algo, ve corriendo a por un antídoto a la farmacia más cercana—añadió mi compañero para terminar de completar una chistosa información con la que rompimos el hielo de lo lindo.

No tardé en comprobar lo que me decía, pues en cuestión de una hora la tal Tamara estaba en mi despacho con la excusa de pedirme una información sobre una empresa que supuestamente tenía que ver con un caso que ella llevaba.

—Necesito que me lo mires y rapidito—concluyó antes de irse y de que mantuviéramos una conversación más tensa que el pellejo de un tambor.

—Lo haré en cuanto pueda, lo único es que todavía me tengo que amoldar al sistema y...—le expliqué porque lo que resultaba inviable era comenzar la casa por el tejado.

—Es lo que tienen los enchufados, que todo son excusas. Si tienes algo de dignidad, deja las tuyas a un lado y ponte a trabajar.

—Oye, espera, yo te conozco....

—¿A mí? Mira que lo dudo, yo me he movido por círculos muy profesionales y tengo entendido que tú no has dado un palo al agua en tu vida.

—Perdona, pero yo tengo los mismos estudios que tú y lo único que me llevas son unos pocos años o, mejor dicho, muy pocos, de experiencia. En nada estaremos al mismo nivel, bonita.

La “bonita” me resultaba muy conocida y enseguida caí...

—Pues anda que no tienes que comer tú picos para eso—me contestó.

—Menos picos, que ya me acuerdo, tú eras la hija del profesor de Derecho Penal de nuestra facultad, ¿me vas a decir que tu padre no tuvo nada que ver en tu temprano fichaje? Porque tu currículum no era mejor que el mío, como mucho igual.

Indignada ni me respondió. Ella no se acordaba de mí, pero yo de ella sí. Qué casualidad que la que vino a acusarme de enchufada adolecía del mismo defecto. Y si ella había logrado hacerse un hueco y ganarse el respeto de sus compañeros a nivel profesional, yo no iba a ser menos.

De hecho, me propuse que sería más, porque yo tenía lo que a aquella mema le faltaba, calidad humana, que debía tener una buena contractura en el cuello de mirar a todos sus compañeros por encima del hombro.

Cogí mi primer expediente y me puse a tope con él. Comprobé con júbilo que mis conocimientos no estaban oxidados y lo puse en la mesa de Evaristo esa misma mañana antes de irnos.

—No puedo creer que ya lo tengas listo, ¿es una broma? —me preguntó mi jefe un tanto alucinado.

—No, no es ninguna broma, no creas que voy a desaprovechar la oportunidad que me has dado.

En contra de lo que sucedía con algunos de los niñatos que trabajaban para él, Evaristo era un hombre sencillo de esos que se notaba que valoraban por encima de todo el esfuerzo y la dedicación.

Después del miedo inicial, aquel día me fui a casa con la sonrisa boba en la cara. Lástima que no pudiera contarle mis avances a Polo para no darle una pista. Es más, lo que sí tuve que

hacer fue decirle que me había incorporado al despacho de una forma más presencial porque ya no tenía la posibilidad de verle por las mañanas en el gym. Ni a él ni a Sofía, pero mi amiga tocaba palmas con las orejas de lo contenta que estaba de que por fin me dedicara a lo mío...

Capítulo 11



Un par de semanas después podía decir con tranquilidad que comenzaba a cogerle el tranquillo al despacho.

En lo profesional no me fue nada difícil gracias a la inestimable ayuda de mis nuevos compañeros y amigos, Trini y Jorge, y en lo personal... Eso fue harina de otro costal, ya que desde el bendito día en que le leí la cartilla bien leída a la tonta de Tamara como que no volvió a fisgonear por mi despacho.

Por otra parte, el hecho de que el resto de sus compañeros vieran cómo me partía la cara a diario por sacar adelante un buen número de expedientes lo antes posible hizo que comenzara a ganarme sus respetos.

Yo procuraba sacar el trabajo rauda y veloz para que las tardes me quedaran libres y pudiera dedicárselas a Eric. A esas horas Polo estaba en televisión preparando su programa, pero pronto comenzó a pasar por mi casa muchas de las noches que no tenía a María con él.

Lo nuestro marchaba que era una gozada y los dos soñábamos despiertos con repetir dos semanas más tarde viajecito, esta vez con rumbo a Suiza y con la compañía de Eric, pero la ocasión bien lo merecía.

—Tú también tienes que conocer a mi familia—me confesó aquella noche mientras estábamos en la cama.

—Deseando estoy, pero para conocer a tus padres, como no sea que pongamos también nosotros rumbo al Caribe, aunque mira que a mí no me importaría, Polito...

—No, no me llames Polito, que de ahí a “pollito” no va nada, no me des caña...

—Pero si tú eres mi pollito, qué le vamos a hacer.

Yo solía decirle a menudo que éramos un par de pollitos amorosos y hacíamos un gracioso jueguito juntando los dedos en total complicidad, en señal de que lo éramos...

Entre nosotros todo era muy tierno y la relación apuntaba cada día mejor.

—A ver, Dafne, te lo digo en serio. Resulta que la semana que viene es el cumpleaños de mi hermano y mis padres por fin se dejarán caer por España. Aunque llevan ya mucho tiempo en el Caribe, de tanto en cuanto, dejan el barco allí y se vienen en avión para volver a los pocos días.

—Huy, pues eso no me lo habías contado, ¡qué noticia, voy a conocer a mis suegros!

Nosotros ya nos hablábamos en esos términos y a ninguno de los dos nos cogía por sorpresa. A veces incluso teníamos la sensación de llevar mucho tiempo juntos, pues parecíamos una pareja consolidada.

Claro está que la realidad imperaba y lo cierto es que yo ni siquiera conocía aún a su familia, algo que por lo visto íbamos a remediar en breve.

Sería el viernes por la noche. El hermano de Polo, Joaquín, celebraría una pequeña fiesta en su casa para celebrar su cumpleaños a la que asistirían algunos de sus amigos, sus padres, su hermano y yo.

Sería una fiesta informal e incluso, al haber más gente, una ocasión estupenda para conocerlos, pues así no toda la atención estaría centrada en mí al ser la nueva de la familia.

Su hermano no tenía pareja y eso haría que, de otro modo, yo me sintiera un tanto observada, cosa que no ocurriría dadas las circunstancias.

—Sofía, voy a conocer a mi cuñado y a mis suegros el viernes por la noche—le comenté al día siguiente a la salida del trabajo.

—¿Qué me dices? ¿Ya? Pues anda que vosotros echáis una carrerita y dejáis al AVE en pañales, menuda velocidad que me lleváis...

—Sí, sí, ya, piensa que tampoco es tan raro porque él ya conoce a mi padre.

—Pues sí y va a asistir contigo a su boda en nada, tienes toda la razón del mundo. ¿Te has comprado ya un vestido?

—¿Para la boda de mi padre? Tú vas a tener que comer rabillos de pasa para la memoria, ¿no lo encargamos juntas la semana pasada?

—No, cenutria, eso ya lo sé, digo para el cumple de tu cuñado.

—Calla, calla, para eso no sé todavía lo que me voy a poner.

—Menos mal que estoy en todo, ¿qué harías tú sin mí?

—Nada, nada, Sofi, eso que vaya por delante.

Y por delante fuimos las dos de compras esa tarde. Me decanté por un precioso vestido en tonos marfil que acompañaría con una capita rosa que tenía y que era una monería, con algunos de los complementos también en rosa.

—¿Estás nerviosa? Mira que te veo casada otra vez en breve.

—¿Tú crees? Yo estaría encantada de la vida, ahora es que lo tengo todo; he recuperado a mi padre, mi niño está hecho un fenómeno, por fin cuento con el trabajo de mis sueños y el amor ha llamado a mi puerta.

—Sí, y ha llamado a voces porque no veas si os ha dado fuerte...

Mi amiga me dio la razón mientras nos tomábamos un chocolate con un dulce en una pastelería cercana a mi casa.

—Sí que nos ha dado, en nada me veo con la parejita en mi casa o en la suya o en la que sea... Eso sí, a ver si logro ya el divorcio del mamarracho de Edu, que es el último fleco que me queda por cortar de mi vida anterior.

—No te preocupes que ese firmará en breve, según dicen Marga lo tiene bien cogido por los cataplines y lo está asfixiando para que le pida matrimonio también.

—Mira que las hay masocas...

—Sí, y lo mismo, como él se ha vuelto tan ahorrador, te propone el día de mañana que os caséis las dos parejitas a la par para no hacer tanto gasto...

—¿Te imaginas? Ya sería lo que me faltara.

—Sí, de argumento de serie cómica sería eso...

El viernes por la tarde yo temblaba como un flan.

—¿Y si no les gusto a tus padres? —le preguntaba una y otra vez a mi chico.

—Pero cariño mío, cómo no les vas a gustar, si eres un encanto, y preciosa, y me quieres y, para más inri, quieres a María... Se van a quedar maravillados conmigo.

—¿Voy demasiado formal? Mira que ellos igual, como vienen del barco y eso...

—Sí, su estilo es más informal, mis padres son como un poco hippies, nada que ver con sus hijos, pero ¿y qué? Tú eres tú y ellos son ellos...

— Ya, ya, hombre yo raftas no había pensado en hacerme para caerles en gracia, la verdad.

—Me eché a reír al mirarme en el espejo e imaginarme con ellas.

—Tú estás divina te pongas lo que te pongas, como si es un traje de buzo, así que coge ya el bolso y vámonos.

La tita Sofía se quedó con Eric, quien se quejó porque decía que quería venir a conocer a sus nuevos abuelos y tito antes de salir con ella hacia su casa.

—Otro día, campeón mío. Hoy se celebra una fiesta de mayores, pero les hablaré a todos de lo orgullosa que estoy de ti, ¿te parece?

—Me parece, mami...

Mi niño era otro amorcete y solía ponerme las cosas muy fáciles.

De camino a la casa de mi cuñado, Polo me tranquilizó contándome que los suyos eran también muy buenas personas, sencillos y dicharacheros.

—La que más mi madre, Paz, con ella te vas a tirar al suelo. Tienes unas ocurrencias únicas, es muy, muy graciosa. Y luego empieza a contar chistes y se queda sola, ni te lo imaginas. Con decirte que suele llevar con ella un pequeño bloc de notas con un montón de ellos anotados por si se le acaban las ideas.

—No puede ser, eso es de personaje total... Vamos que no es Paz Padilla de milagro.

—No, de milagro. Y de Paz lo único que tiene es el nombre, porque da una guerra que no veas la mujer... es un culillo de mal asiento.

Ya estaba deseando conocerla, una suegra así, tan original no se veía todos los días. Y encima, la que yo tuve en su día, la madre de Edu, era más seria que un cuarto de especias, por lo que me sabía más a gloria todavía que Paz fuera tan buena gente como decía su hijo.

Finalmente, gracias a lo mucho que me insistió Polo, logré dejar los nervios a un lado y centrarme en lo verdaderamente importante; conocer a mi familia política y mostrarme con ellos como lo que yo era, sin filtros... El hecho de no tener que volver a mentir a nadie no estaba pagado para mí, me sentía como niña con zapatos nuevos con mi nueva vida...

Llegamos a casa de mi cuñado, que también iba descalzo... ¡Menudo casoplón el que tenía! Era uno de esos que se ven en las pelis y que imaginas con una decena de sirvientes correteando de allá para acá.

En contra de todo pronóstico, no fue ningún mayordomo con su uniforme oscuro ni ninguna sirvienta con cofia quien nos abrió, sino Paz.

—¡Polito, hijo! —Se abrazó a él con todas sus fuerzas.

Yo le miré de reojo riéndome por lo del “pollito” que él me decía en esos casos.

—Mamá, ¡cuánto tiempo! Pero mírate, si estás fantástica... Tú no cumples años, tú los descumples.

—Otro zalamero como tu padre y tu hermano... Bueno, ¿alguna buena nueva por aquí? Que me ha contado un pajarito que vienes muy bien acompañado.

—Correcto, el pajarito ese debe ser un pajarraco muy listo, mamá; mira, ella es Dafne, mi novia.

—¡Hola, Paz! No sabes lo mucho que tu hijo me ha hablado de ti.

—Y lo que nos va a hablar a nosotros de ti, ¿te has visto? Qué nuera más guapa, anda que no voy a fardar yo nada cuando vuelva al Caribe, que va a ser en unos días...

—¿En unos días, mamá? Lo vuestro es la bomba.

—En unos días, hijo, en cuanto veamos a María y poco más, tú ya sabes que...

—Que no se os ha perdido nada en España, ya lo sé...

—Pues eso, hijo. Y ahora, ¿le vas a decir a esta preciosidad de muchacha que entre u os vais

a quedar los dos helados en la entrada?

—Mejor entremos, que estoy deseando ver a papá y a mi hermano.

Lo hicimos y me quedé alucinada del buen gusto con el que estaba decorado el recibidor, aunque me bastó con echar una ojeada al resto para ver que no desmerecía en absoluto.

Sobre una maravilla de consola de estilo oriental que lo presidía, destacaba una foto de una guapísima Paz de joven, con una sonrisa increíble y que indicaba una personalidad arrolladora donde las hubiera.

—Cosas de mi hijo, que dice que no tiene suerte en el amor y que yo soy la mujer de su vida. Ya le he dicho que le voy a dar una patada en el culo a ver si espabila y se deja de tonterías...

—Ya, ya...—Me estaba riendo cuando vi un detalle que no se me escapó.

Junto a la foto de Paz había una cestita con una maraña de pulseras... En una de ellas se leían las iniciales J.R. y, no, no era el famoso personaje de la serie Dallas, esa que dio la vuelta al mundo décadas atrás.

Del interior salieron dos hombres en ese instante.

—Dafne, te presento a mi hermano Joaquín—me dijo Polo y en ese momento se me cayó el alma a los pies.

—¿Joaquín? —le pregunté al verlo.

—Sí, bueno... Joaquín Ricardo para más señas, pero mis familiares me llaman Joaquín a secas
—carraspeó él.

¡Dios mío! ¿Cómo el destino podía estar mostrándose tan cruel conmigo? Mi cuñado era Ricardo, mi antiguo cliente, el hombre que además se había enamorado de mí y que, por la cara que puso, sintió enormemente que por segunda vez en la vida su hermano se quedase con la mujer que él amaba.

Capítulo 12



¿Me iba a delatar? Él no lo hizo, al menos no en ese instante, aunque pronto comprobé que, de seguir así, lo iba a hacer yo solita.

Así que mi cuñado tenía un nombre compuesto y su familia le llamaba Joaquín, si bien sus amigos se dirigían a él como Ricardo, algo que vi cuando entramos en el amplio y precioso salón.

No sé cómo pude quedarme con ningún dato porque yo estaba en shock. Si me llegan a dar un pinchazo allí mismo, ni una gotita de sangre me hubieran sacado.

No intercambiamos ni una palabra más en el momento de ese saludo inicial. Es más, no lo hicimos en toda la noche. Decía antes, eso sí, que me iba a delatar yo solita porque durante la cena tuve que levantarme varias veces para ir al baño.

Mi barriga estaba acusando lo que allí pasaba y, en el fondo, también creo que yo lo estaba poniendo a prueba, por mucho miedo que me diese. La cuestión era, ni más ni menos, que necesitaba saber si Ricardo iba a abrir el pico. Pensaba que, en cualquiera de esas, se levantaría con discreción y me daría el encuentro en el baño; solo así me daría norte de si iba a acabar con mi vida o no; porque así era como lo veía yo en aquel momento.

¿Exagerada? Puede parecerlo porque a Polo hacía muy poco que lo conocía como para decir que perderlo equivalía a que mi vida estuviera lista de papeles; pero es que no era ya solo eso, no era perderlo únicamente, sino hacerlo por una mentira que, de ser así, me habría

costado muy cara y me perseguiría toda la vida.

Reconozco que el comportamiento de Ricardo me desconcertó a más no poder. Cada vez que me levantaba para ir al baño, él me miraba con el rabillo del ojo, pero no había nada en su mirada que me indicara cuál iba a ser su proceder. En su defensa debo decir que se portó como un caballero en todo momento, eso sin duda.

—Mi vida, ¿estás bien? —comenzó a preguntarme Polo en cuanto vio la insistencia con la que iba al baño.

—Bueno, no sé si será un poco de cistitis o algo, es que tengo unas ganas incesantes de orinar—le comenté yo por lo bajini.

Pero, de entre todas las personas que había en aquella mesa, diría yo que la más larga con diferencia era Paz, que no paraba de mirarme como dando a entender que sabía que me ocurría algo, más allá de lo que le estuviera diciendo a su hijo.

De hecho, en un momento dado, no fue Ricardo, pero sí ella, quien me dio el encuentro en el baño.

—Dafne, ¿te encuentras bien? Si hay algo que te moleste de la situación, solo tienes que decírmelo e intentaremos solucionarlo. Yo entiendo de sobra que estas ocasiones ponen un poco nerviosa, cuando era joven me pasaba. Yo me considero un poco perroflauta, ¿sabes? Y el hecho de enfrentarme a conocer a suegros y demás no fue jamás plato de mi gusto.

—Te lo agradezco mucho, Paz, pero no te preocupes, es solo que me encuentro un poco indispuesta.

—Oye, ¿tú no estarás...? —Lo dejó en el aire, pero yo lo recogí divinamente.

—¿Embarazada? No, eso segurísimo que no, te lo garantizo. No puede ser, además no lo sabría tan pronto.

—Bueno, bueno, porque si lo estuvieras, el bautizo lo celebramos en el Caribe, ¿eh? Que allí sí que saben hacer fiestas.

Mi suegra comenzó a cantarme y a bailarme eso de *“Del Caribe la traigo yo, mucha piña y poco hielo...”*

Se notaba que era tremenda Paz y que derrochaba vitalidad por los cuatro costados. No me extrañaba que Polo fuera como era viniendo de una madre así; él se ponía el mundo por montera, pero es que a Paz se notaba que no había problema que la pudiera parar.

Me sentí muy bien con ella, pues la noté cercana y condescendiente conmigo. Yo la esperaba correcta, pero no sabía si algo más. Sin duda le había caído en gracia, igual que ella a mí.

Sin embargo, la idea que no paraba de ir y venir por mi mente era otra, ¿y Ricardo? ¿Cuál sería el talante de mi cuñado? Yo lo había conocido en unas circunstancias que apenas me daban ninguna pista. Desde luego que no... Primero como cliente y después, la última noche, como enganchado emocionalmente a mí.

Ambas posturas eran propicias para que me hubiera mostrado su mejor cara, pero yo no conocía la verdadera. Y, además, que no era solo que yo fuera su enamorada y la de su hermano a la vez, sino que se daba “el plus” de que era la segunda vez que se repetía la jugada y quizás eso ya sí que le resultara insoportable.

Volvimos a la mesa y mis piernas tenían el baile de San Vito. Paz me miraba en diversos momentos y me sonreía para tranquilizarme, algo que yo le agradecía en el alma, ya que no podía estar más nerviosa.

—Creo que les has caído sensacional a todos, mi vida, no tienes por qué estar hecha un flan.

—Polo me cogió la mano e intentó en vano tranquilizarme.

—Ya sabes, cosas de debutantes...

—Pues tu debut ha sido triunfal, ¿y cómo no serlo cuando se va por derecho como tú?

Muy ingenioso, hizo el juego de palabras en cuanto a ir “por derecho”, muy apropiado para una abogada como yo.

—Gracias, amor, seguro que ya otro día estaré más tranquila, es que es verdad que no puedo con mi vida.

Menos mal que yo iba por derecho, que si no...

Debía estar quedando como una pardilla total. Lógico que veían en mí a una niña cándida histérica ante su presentación en familia. Si supieran la realidad, que yo había sido una prostituta de alto standing y que el motivo de mis nervios no era otra que descubrir que quien fue mi principal cliente era también el hermano de mi novio...

No sé cuántas veces pude llegar a maldecir mis nervios esa noche, pero fueron muchas, infinitas diría yo.

Cada vez que Ricardo cambiaba el gesto o levantaba la copa para brindar, yo daba un respingo en mi silla que llegaba al techo.

Al final de la noche, propuso un último brindis y allí nombró a todos y a cada uno de los presentes, sobre los que dijo unas palabras, por orden de cercanía a él. Por esa razón,

empezó por sus padres y hermano, para luego seguir por sus amigos, dejándome a mí para la última.

Los escasos minutos que duró el dichoso brindis se me hicieron eternos y dieron lugar a que en mi cabecita hiciera todo tipo de cábalas. ¿Y si había esperado al último momento para soltar el bombazo?

Pero no, demostró bastante más estilo...

—“... Y, por último, quiero brindar por mi nueva cuñada, Dafne, una mujer bella y elegante donde las haya. Intuyo que, tras su apariencia frágil, hay una guerrera que sabrá acompañar a Polo en todas las batallas de su vida. Hermanito, siempre te acompañó la suerte y parece que cada vez más”.

Respiré aliviada cuando terminó y observé que a Paz tampoco se le fue ese detalle. Esa mujer era larga, pero larga, más que un día sin pan. Le sonreí y me devolvió la sonrisa, pero detecté algo de intranquilidad en sus ojos.

A la hora de despedirnos, Ricardo se acercó a su hermano y a mí.

—Muchas gracias a los dos por haber venido—nos dijo mientras clavaba su mirada en mí.

No puedo decir que viera en sus ojos odio, sed de venganza, ira ni ningún otro sentimiento parecido. Más bien diría que lo que detecté fue una profundísima pena. En cuanto a mí, no veía la hora de salir de aquella casa. Era como si, mientras permaneciera allí, aquella mentira de alto standing que tenía a mis espaldas pudiera estallarme en toda la cara.

—Cariño, ya pasó, vaya novecita de nervios, ¿estás bien? —me preguntó Polo al subir en el coche, poniendo su mano sobre la mía.

Lo que sentí en ese instante fue suciedad por mi parte. Sí, me sentí rematadamente sucia, tan sucia que no pude ni mirarle a los ojos.

—Sí, no sé si también es que he estado indispuesta como te dije. A veces, con los nervios, se me bajan las defensas y me dan cistitis, es una dificultad que tengo.

En eso no le había mentado, pues en el pasado me ocurrió muchas veces, pero ya hacía años que no me pasaba. Lo que de aquella noche no era cistitis ni nada parecido, sino nervios puros y duros.

—Mi pobre niña, ¿quieres que pasemos por la farmacia de guardia y pedimos un antibiótico?

—Uff, si eso es más difícil que descubrir la fórmula de la Coca-Cola, amor, pues anda que no hay que liar nada, tendríamos que ir primero a urgencias y va a ser que no, qué pereza. Vámonos para mi casa y ya mañana veremos.

Sí, al día siguiente vería, aunque bien sabía que tendría una noche toledana por delante en la que no iba a pegar ni un ojo, eso desde luego. Llegamos y, efectivamente, mientras Polo se durmió yo vi el alba despierta.

Eran pocas las opciones que tenía y ninguna buena... Si me callaba corría el riesgo de que a Ricardo se le cruzaran los cables en cualquier momento y le diera por hablar, eso si no cogía el teléfono al día siguiente y se lo contaba a su hermano todo con pelos y señales. Por otro lado, si se lo contaba, era más que probable que él me dejara ipso facto.

Dios mío, ¿por qué camino tirar? Hiciera lo que hiciera iba a perder a Polo y esa sola idea me dolía como si me la estuviesen grabando a fuego en la piel.

Mi chico me estuvo abrazando toda la noche, como solía hacerlo, pero aquella con un talante especialmente protector.

—No sabes lo que te quiero, ¿estás despierta, vida mía? —me preguntó a media noche al descubrir que ríos de sudor cubrían mi cuerpo.

—No te preocupes, un tanto desvelada. Duerme tú, que yo velo tu sueño, amor...

—¿Eres mi ángel de la guarda? —me preguntó guiñándome el ojo y abrazándome a saco.

—Sí y tu dulce compañía—añadí concluyendo que lo quería más de lo que hasta ese momento yo misma había sabido.

Si se lo iba a decir, lo mejor es que fuera rápido. Los malos tragos hay que pasarlos pronto, aunque aquel, más que malo, me estaba resultando totalmente agónico.

Yo también lo abracé como nunca lo había hecho de fuerte hasta que los primeros rayos de luz entraron por mi ventana. Fue el amanecer más triste de mi vida y eso que el sol lucía radiante y no había ni sombra de una nube por ninguna parte.

De haber sido de otro modo, el día invitaría a hacer alguna actividad al aire libre con Eric y con él, pero yo ya había tomado una determinación y tenía bastante claro que nuestros planes se iban a trincar...

No, no me lo podía callar... incluso en el hipotético caso de que Ricardo callara, nadie me garantizaba que lo hiciera de por vida. De hecho, aquella noche, llegué a imaginar que me casaba con Polo y que cuando el sacerdote decía aquello de "...que hable ahora o que calle para siempre", era mi cuñado quien hablaba y revelaba mi secreto a todos los presentes.

¿Peliculero? Quizás un poco, pero la coincidencia que a mí se me había dado también lo era y ahí estaba. No, yo no podía mirar los toros desde la barrera de por vida, yo tenía que hacer algo y hacerlo ya...

—Polo, mi amor, tengo que hablar contigo—le dije con el más penoso de los tonos en cuanto abrió los ojos.

—Huy, huy, que eso nunca es para nada bueno...

Capítulo 13



No pude sino asentir, porque bueno no era ni en el mejor de los casos, ni aunque él decidiera dejarlo correr como el agua que no has de beber, al que se refiere la copla.

—Cariño, no sé por dónde empezar, vas a tener que perdonar mis nervios, pero es que me están consumiendo.

—Pero vamos a ver, Dafne, ¿qué te pasa? Te noto muy rara desde anoche y me temo lo que es...

—¿Qué temes? No, no creo puedas saber lo que me pasa.

Y tanto que no lo creía, solo hubiera faltado...

—¿Seguro? Creo que igual estamos yendo un poco rápido para ti. Recuerdo que al principio me dijiste de ir despacio, pero a partir de un momento determinado hemos dado un acelerón tremendo.

—No, no es eso, no te preocupes. Lo que tengo que contarte es algo decisivo para nuestra relación, pero mucho me temo que por tu parte, no por la mía. Yo, ante todo, quiero que sepas que estoy totalmente decidida a seguir para delante. Es más, te diría que querría pasar el resto de mi vida contigo, pero al contrario no sé yo.

—Dafne, por Dios, no seas exagerada, ni que tuvieras un secreto inconfesable, todos tenemos cosillas, flecos... ya irán saliendo.

Sí, sí, cosillas y flecos, cuando escuchara lo que tenía que escuchar a ver cómo calificaba lo mío.

—Polo, no puedo más, ahí va... Yo ahora sí trabajo de abogada, pero desde hace pocos días... Antes, cuando te conocí, ejercía como prostituta de lujo.

—Espera, Dafne, ¿esto es una especie de broma? ¿Un reto de esos de las redes sociales para comprobar el talante de tu novio? Sí, sí, seguro que va a ser eso y que es un poco trampa. Si ahora me echo las manos a la cabeza no paso la prueba, ¿no?

La negativa que le hice con la cabeza le indicó que no, que no iba a tener tanta suerte.

—Por el amor del cielo, ¿me lo estás diciendo en serio? Dafne, me estoy poniendo muy nervioso. ¿Lo que estás queriendo decirme es que me has estado mintiendo al comienzo de nuestra relación en algo tan serio como eso?

—Sí y no, Polo. Te prometo que me propuse que no te daría ni un beso hasta que no lo hubiera dejado, por eso lo de ir tan lentos al principio.

—Ah, vale, pues si ese era el plan, ya puedo quedarme más tranquilo—ironizó.

—Polo, por favor, tienes que entenderme, necesitaba dinero...

—Ya, ya, espera, por dinero baila el perro, pero ¿de verdad lo necesitabas o era solo para mantener este tren de vida? Porque te recuerdo que vives en una jaula de oro, nena.

—Pero en una jaula de oro que cuenta con muchos gastos. Y ya sabes también lo que cuesta el cole al que van nuestros hijos. Después está también lo de la equitación de Eric y...

—Dafne, ¿me estás queriendo decir que ejercías de prostituta para que tu hijo pudiera montar a caballo? Porque si es así te juro que es de locos...

—No, no es exactamente así, aunque en parte sí. Edu apenas me ayuda desde nuestra separación y lo que yo no quería era que Eric notara el cambio, he querido guardarle las espaldas y...

—Y me has ridiculizado. ¿Te has puesto por un momento en mi piel, Dafne?

No podía imaginar que los dulces ojos de Polo echarían fuego como lo echaron en ese momento.

—Sí, sí que me he puesto, por eso he querido decírtelo, por eso y por...

—¿Y por qué? ¿Te imaginas lo que sentiría yo si el día de mañana nos cruzamos con uno de tus clientes y hace un comentario inapropiado? Lo siento de veras, pero es que creo que no estoy preparado para eso.

—Es que hay algo más, mi vida...

—¡Toma! ¿Todavía algo más? Pues espera que me sirvo un cubata para digerirlo, porque el de hoy está siendo el despertar más fuertecito de mi vida entera.

—Lo siento, lo siento, pero es que Ricardo, o Joaquín, bueno Joaquín Ricardo...

—¿Mi hermano? ¿Qué le pasa a mi hermano?

Obvio que no tuve que decirle más porque lo leyó en mis ojos.

—No, anda ya—me dijo negando con la cabeza en un gesto indicativo de que era imposible.

—Lo siento, amor, lo siento...

—¿Mi hermano? ¿Te has acostado con mi hermano? ¡¡¡Yo me cago en todo lo que se meneaa!!!

—Te prometo que yo no sabía que era tu hermano hasta anoche que lo conocí.

—No, dirás hasta anoche que lo volviste a ver, ya que por lo que me dices conocerlo sí que lo conoces y a fondo.

Su sarcástico comentario me dolió en el alma, pero no tenía argumentos para rebatirlo.

—Para mí no supuso nada, como tú entenderás, yo te quiero a ti Polo.

—Y yo te he querido más de lo que pensé que pudiera hacerlo a estas alturas, pero lo nuestro está muerto y enterrado—sentenció mientras comenzó a vestirse apresuradamente.

—No, por favor, Polo, lo nuestro es muy fuerte e intenso... No puedes matarlo de ese modo, ¡no!

—¿De verdad me vas a acusar a mí de haberle dado matarile a lo nuestro? Dafne serías muy buena escribiendo guiones de culebrones, ¿Por qué no te lo planteas? Mira que a estas

alturas ya lo dudo todo, hasta que seas abogada.

—No digas eso, puedo llevarte el lunes conmigo al despacho para que lo conozcas, también quiero que conozcas a mi entorno y a mí...

—Déjalo, Dafne, yo no quiero conocer nada más que venga de ti. Por mí está todo finiquitado y no me arrepiento de haberlo vivido, ¿sabes? Dicen que lo que no te mata te hace más fuerte y yo creo que a partir de hoy tendré el corazón blindado, gracias a ti.

No dejó que dijera nada más, giró sobre sus talones, cogió sus cosas y salió de mi casa. Como único recuerdo, su cepillo de dientes en mi baño...

Capítulo 14



—Mami, mami, ¿dónde está Polo? —me preguntó Eric una hora después cuando Sofía entró con él por las puertas.

—Hoy le ha surgido trabajo, cariño—le solté lo primero que se me vino a la boca y eso que me había propuesto no mentirle nunca más a nadie, pero ¿qué podía decirle a mi niño?

—Eric, amor, ¿por qué no vas un poquito a jugar a tu cuarto? —le preguntó Sofía mientras yo veía la preocupación en su rostro.

—Vale...

Nos dejó a solas y ella vino volando a abrazarme.

—¿Y esos ojos? ¿Qué te ha pasado? Cuéntame, anda.

—No te lo vas a creer, es la peor de las coincidencias que se me ha dado en la vida, ¿te acuerdas de Ricardo?

—Sí, el cliente aquel que al final se enamoró locamente de ti.

—El mismo, pues resulta que es mi cuñado Joaquín.

—¿Cómo que Ricardo es Joaquín? ¿Esto es un acertijo o qué?

—Se llama Joaquín Ricardo, también conocido como mi peor pesadilla. Aunque él no le dijo nada a su hermano, se lo he dicho yo esta mañana, después de eso comprenderás que no podía seguir con ese secreto.

—Lo comprendo perfectamente, qué locura, ya sabía yo que ese trabajito de marras no te iba a traer nada bueno, pero esto no lo esperaba, ¡qué palo!

—¿Qué hago, Sofi? No quiero ni pensarlo. Y encima con la boda de mi padre el fin de semana que viene, yo me quiero morir, amiga.

—¿Cómo que te quieres morir? Como vuelvas a decir eso sí que vas a palmar, tenlo claro, pero del palo que te voy a dar yo. Tú y yo recogeremos ese vestido e irás a esa boda.

—Pero yo iba a ir con acompañante y ahora no. —Comencé a sollozar con total desconsuelo.

—Ahora también vas a ir con acompañante, con Eric y conmigo, que no creas tampoco que te voy a dejar sola.

—¿Tú vas a venir a la boda conmigo?

—Hombre, con la pasta que tienen tu padre y la marquesa no creo que vayan a racanearme un cubierto.

—No, mujer, qué cosas tienes...

—Pues entonces, por eso no sufras.

—Suenan muy bonito, amiga, pero claro que sufro...

—Pues entraba dentro de las posibilidades. Yo no quiero hacer leña del árbol caído, pero ese trabajo era un riesgo a todos los niveles. Y al final la has pifiado... Ahora lo único que te queda es mirar para adelante y afrontar el futuro con ilusión. Y otra cosa te digo por muy en desacuerdo que estuviera yo con lo que hacías; si Polo no te quiere por este motivo es que no te merece.

Era muy fácil de decir, pero también había que ponerse en sus zapatos. Tenía guasa pensar que la mujer a la que amabas había estado en la cama de tu hermano ejerciendo como prostituta. Hasta ahí yo lo podía comprender. Solo que ojalá yo pudiera meterme en su mente y hacerle entender lo mucho que me importaba y cuánto lo iba a echar de menos.

El resto del fin de semana vagué como un alma en pena por la casa. Suerte que Sofía se quedó con nosotros porque ni ocuparme de Eric podía...

—Mami, ¿qué te pasa? Tenemos que ir a ver a “Ganador”, si no lo monto los sábados se pone triste—me decía él con su angelical vocecita.

—¿Se pone triste él o te pones triste tú? —le pregunté mientras lo abrazaba fuerte, pensando que era el único hombre de mi vida que iba a quedar en mi día a día.

—Nos ponemos tristes los dos, aunque tú también pareces un poco triste, ¿es porque Polo ha tenido que trabajar hoy?

—No, mi vida, es porque mamá está un poco malita.

No le mentía, estaba mala, pero el mío era un mal de amores...

—¿Te duele la tripa? Cuando a mí me duele la tripa me pongo un poco triste porque no puedo comer chocolate.

—Sí, cariño, eso es, me duele la tripa.

Tampoco le mentí en eso, porque si mala tuve la tripa la noche anterior, no digamos ya ese día.

A duras penas Sofía y él intentaron convencerme para ir a ver cómo Eric montaba a caballo, pero me tuve que volver desde el portal porque no soportaba la idea de alejarme un metro del baño.

Y otra idea que también se me hacía tremendamente cuesta arriba era la de volver al trabajo el lunes, ¿cómo podría afrontar mis obligaciones con aquella comedura de coco?

Siempre existía la posibilidad de pedir una baja, pero entonces sí que iba a quedar como la enchufada del siglo, pues acababa de comenzar a trabajar.

A las nueve de la noche deseé que fuera lunes, ya que echaba tanto de menos a Polo que al menos ese día podría poner la televisión y verlo. Bien mirado, lo mismo tenía un poco de tormento chino, pero yo quería verlo y punto pelota.

La noche se me hizo larga, muy larga... Y eso que Eric aprovechó la coyuntura de que estaba sola y se coló en mi cama.

—Mami, como sé que estás malita, he venido a cuidarte—me dijo con su oso panda de peluche en los brazos.

—Vale, cariño, pues cuídame...

Me abracé a él y a su oso y pensé que en la vida podía haber un trío más tierno. No obstante, seguía echando tanto de menos a Polo que me dolía hasta la respiración...

El domingo las cosas no mejoraron y pensé que el lunes llegaría al trabajo con las mayores ojeras del mundo. No me equivoqué, mi aspecto era patético cuando puse los pies en la oficina.

—Pero niña, ¿te has peleado con la almohada? —me preguntó Jorge en cuanto me vio.

—Algo parecido, creo que me he peleado con la vida, amigo.

Así me sentía, ya no estaba “in love” con la vida, ahora estábamos enemistadas y no sabía por cuánto tiempo.

Capítulo 15



El lunes a las nueve de la noche estaba yo pegada como una lapa en la pantalla de la televisión.

—¡Mira, es Polo! Anda que no ha trabajado nada desde el sábado—me comentó Eric al verlo salir.

—Cariño, puede que Polo esté un poco enfadado con mamá y por eso no ha venido estos días—le confesé pensando que no estaba bien que le siguiera mintiendo a mi niño.

—Ya lo sé, mamá, por eso te dolía la tripa...

—Tú eres demasiado listo, ¿no? Menudo bichito que estás hecho, anda a cepillarte los dientes ya, trasto.

Mientras él lo hacía no se me fue por alto que, por mucho que lo hubiesen maquillado, Polo presentaba un hematoma en la parte inferior de uno de sus ojos, cielo santo ¿se habría pegado con alguien?

Puede que yo, efectivamente, fuese un poco peliculera, pero me lo imaginaba habiendo ido a beber el sábado y acabado a mamporros con cualquiera por mi culpa. Si era así, no me lo iba a perdonar en la vida, aunque, ¿cómo me iba a enterar?

Me costaba la misma vida pensar que ya no estábamos juntos, que cada cual llevábamos caminos separados.

De repente caí, ¿y si era con Ricardo con quién se había liado a leches? Cielos, eso sería todavía peor, que Ricardo era su hermano, por el amor de Dios.

Inmersa en mis pensamientos estaba cuando me sonó el teléfono. Llevaba dos días esquivando a mi padre y me era imposible hacerlo más.

—Hija mía, no me envías más que audios, ¿ya no tienes ni cinco minutos para hablar con tu padre?

—Papá, lo siento... Ha sido un fin de semana horribilis.

—No me asustes, Dafne, ¿tú estás bien? ¿Eric está bien?

—Yo estoy bien de salud, papá y Eric está sensacional.

—Entonces de qué estás mal, hija mía, porque esa expresión da que pensar.

—Del corazón, papi, Polo y yo lo hemos dejado.

—¿Qué dices, hija mía? Pero si ese chico es súper majete y hacéis una pareja preciosa, no me puedo creer lo que me estás contando.

—Pues tienes que creerlo, papá, las cosas se han torcido, no tengo muchas ganas de hablar de ello. Mejor cuéntame de tu boda, porfi.

No es que tuviera o no ganas, es que ahora tenía otra buena papeleta por delante, ¿cómo le contaba a mi padre el motivo de mi ruptura con Polo? Si difícil me había sido confesárselo a mi novio, no digamos ya a mi padre.

Esa tarea la dejaría para más adelante. Ya tenía claro lo cortitas que eran las patitas de las mentiras y mi padre también debería saberlo por mi boca, pero todo a su debido tiempo, que ahora tenía una boda y una luna de miel por delante.

—Hija, me quedo a cuadros. Por aquí todo formidable, solo se me ocurre decirte que puedes traer a quien quieras a la boda, por supuesto.

—Vale, papá, en ese caso Sofía nos acompañará a Eric y a mí...

No pude contarle mucho más porque las lágrimas se habían vuelto mis enemigas, no me dejaban ni hablar. Cada vez me sentía más y más triste y solo quería colgar el teléfono.

El resto de la semana la cosa iba de mal en peor. No me atreví a hacerle ni una sola llamada de teléfono a Polo ni a enviarle un triste wasap. Él me había dejado muy claro que lo nuestro estaba definitivamente roto y yo no me sentía quién para seguir rompiéndole el corazón.

Contaba las horas para ir a Suiza y ver a mi padre darle el “sí, quiero” a Águeda y no porque tuviera ganas ningunas de asistir a un sarao y más de esa índole, sino por ver al menos que un miembro adulto de la familia lograba sentar la cabeza en lo sentimental.

Saldríamos el jueves por la tarde rumbo a Suiza, ya que mi padre y su prometida habían organizado una impresionante cena el día antes de la boda para sus más allegados.

Mientras estaba en el aeropuerto con Sofía, Eric y su oso panda no lograba desconectar. Polo ocupaba todos mis pensamientos y tenía la sensación de que me estaba volviendo loca.

Y sí, loca me debía estar volviendo porque me pareció ver a Ricardo por la terminal.

—Espera un momento, que ahora vengo—le indiqué a Sofía.

Me acerqué a él apresuradamente y lo cogí del brazo.

—¿Ricardo, eres tú?...

Una nueva coincidencia del destino que me dejó ojiplática.

—¿Dafne? Esto cada vez es más raro—concluyó moviendo la cabeza de lado a lado.

—Sí, parece que estamos destinados a vernos hasta en la sopa, ¿qué te ha pasado en la cara? —le pregunté viendo que tenía en el pómulos la marca de un buen derechazo.

—Digamos que mi hermano no ha tenido el mejor fin de semana de su vida, ni yo tampoco.

—Tampoco yo, se ve que somos tres.

—Pero tres en el amor son multitud...

—Lo sé, lo sé.

— Dafne solo quiero que sepas que yo jamás le hubiera dicho nada a Polo. No he podido llamarte porque no tenía ni un dato tuyo. Quise evitar que confesaras, pero en la agencia me tomaron por loco y no me dieron ni tu teléfono ni un solo cabo del que tirar.

—Da igual, Ricardo, no podía vivir siempre en una mentira. Era todo o nada, tenía que arriesgarme. Quizás debí avisarte de que había confesado, al menos yo sabía dónde vivías...

—Si lo dices por el rechazo que me asestó Polo, lo doy por bien empleado. Puedo entender su dolor y eso que él no sabe del mío, ni nunca lo sabrá, no por mi boca. Aunque no me quedé quieto y también le arreé, fue una locura.

Ricardo me demostró en un momento que era un gran tío. No había ningún ánimo de vengarse en su persona y eso que era la segunda vez que perdía a la mujer que amaba frente a su hermano. Claro está que esta vez habían empatado, porque también Polo me había perdido. Y yo lo había perdido a él...

Capítulo 16



El abrazo que me dio mi padre nada más bajar del avión me reconfortó bastante.

—Ya estás aquí, Dafne, ¿sabes? Águeda quiere pedirte un favor.

—¡¡Abuelo!! —le chilló Eric mientras se soltaba de la mano de Sofía e iba a toda pastilla hacia él.

—Míralo, ¿preparado para llevarnos las alianzas? Espero que hayas ensayado como te dije.

—Claro que sí, abuelito, mira lo bien que lo hago.

Eric se puso más tieso que un ajo y fue paseando al lado de mi padre, haciendo sus prácticas.

—Lo haces increíblemente bien, chaval, ven que te voy a presentar a mi prometida.

—Vale, ¿ella va a ser mi abuela?

Cualquiera callaba a mi niño y todos nos echamos a reír, incluida Águeda, que me recibió de lo más cariñosa.

Después de abrazar a “su nieto”, hizo lo propio conmigo y me confesó lo que quería que hiciera por ella.

—Me encantaría que fueras mi dama de honor, ¿harías eso por mí?

—Claro, pero no veo cómo... El vestido que traigo no es propio para eso.

—No te preocupes por eso, tengo muy buen ojo para las tallas y, en cuanto tu padre me enseñó una fotografía tuya lo encargué. Solo falta mirar si le hace falta algún ajuste, pero estoy segura de que te encantará tu vestido de dama de honor.

Nos fundimos en un abrazo mientras mi padre nos miraba y, a baba tendida, nos confesaba que éramos las mujeres de su vida.

Eric también estaba encantado con su nueva abuela y Sofía... Sofía se había largado detrás de un piloto al que le estaba dando palique a saco, Mi amiga era así, tan pronto estaba a unas cosas que a otras y yo le indiqué con el pulgar hacia arriba que hacían una pareja preciosa.

—Puedes invitarlo a la cena y a la boda si te apetece—le indicó mi padre en castellano y ella se echó a reír.

—Como que no tendrá él planes para este finde...—Le respondió ella pensando que él no la entendería.

—¿Yo? Ninguno—le respondió el chaval y ahí sí que nos quedamos ya todos locos y comenzamos a reírnos. Se veía que lo de los idiomas se le daba de escándalo.

Viéndolos a todos tan felices pensé que tendría que hacer un esfuerzo titánico por no

aguarles la fiesta, así que la procesión iría por dentro.

El encuentro con Ricardo en el aeropuerto me había dejado tocada y hundida. Él no hubiera confesado nada, quizás yo debí aguardar el desarrollo de los acontecimientos antes de abrir la boca, había sido demasiado rapidita... ¿O no? No, lo que había sido era honesta y no se me ocurría una manera mejor de intentar salvar una relación...

Llegamos a casa de mi padre y soltamos las maletas. Todos hablaban de ir a dar una vuelta por Berna y pensé que debíamos animarnos.

Le coloqué a Eric el gorro que le había comprado con las orejeras y vi que estaba totalmente ideal.

—¡Qué guapo, mi vida! —le chillé mientras pensaba en lo bien que lo hubiéramos pasado todos en la boda.

Incluso teníamos ya otros planes de futuro, pues habíamos proyectado un viaje con Eric y María a Disney para cuando llegaran las Navidades... Un montón de sueños que ya nunca iban a cumplirse.

Por la noche, Sofía y yo nos arreglamos juntas.

—Mira, que me ha enviado el piloto un wasap, que no es broma, que dice que viene...

—¿Sabes a lo que me recuerda esto a mí? A la peli esa que tanto me gusta, la de “Señor, dame paciencia”, en la que una de las hermanas llega a Sanlúcar de Barrameda y se calza a un tío bueno que no veas...

—Ya, pero esa llegó con un perroflauta colgado, yo he venido libre como el viento...

Sofía me cogió del brazo y, justo como en esa peli, comenzó a cantarme la canción de *“Vivimos siempre juntos y moriremos juntos, allá donde vayamos seguirán nuestros asuntos...”*

Es lo que tenía Sofía, que era capaz de animarme incluso en los momentos más difíciles...

Un rato después bajamos las dos divinas de la muerte a la cena.

—Mira, ahí tienes a tu piloto—le indiqué a mi amiga mientras yo me iba hacia mi padre y le daba un abrazo.

—Hija, estás increíble.

—¿Sí, papá? Pues tú pareces un galán de cine.

—Ningún hombre querría perderse a una mujer así, te lo digo muy en serio...

—Pues créeme que hay alguno que sí...

—¿Y cómo se llama ese atontado? —escuché decir tras de mí y sin más... ¡me desmayé!

Sí, no es broma ni un decir. Me desmayé y tuvieron que reanimarme.

Cuando volví en mí no podía creer lo que veían mis ojos...

—¿De verdad eres tú? —le pregunté a Polo y él me respondió con un...

—¿Cuántos dedos tengo aquí, Dafne?

Anda que para contar dedos estaba yo... Me eché en sus brazos y comenzamos a besarnos tan apasionadamente que todos los asistentes aplaudieron.

—Has venido, mi vida, has venido—le decía yo mientras lloraba a mares.

—Estaba deseando verte, ya no podía más...

—Y eso que tu hermano te ha dejado el ojo a la virulé—le espeté y me eché a morir cuando él lo escuchó por si pensaba que me había visto a solas con Ricardo.

—Tranquila, me ha llamado hace un rato. Me decía que tenía que buscarte por cielo y tierra, que merecías la pena y que...

—¿Y cómo te ha dado tiempo a volar hasta aquí?

—Ya lo había hecho, tenía decidido acompañarte a esta boda desde antes de hablar con él. Que, por cierto, valor ha demostrado al llamarme, después de la que le lie cuando fui a verle.

—Amor, no puedes ni imaginarte lo feliz que me haces, es fascinante que hayas llegado a esta conclusión tú solo, porque yo te quiero a morir...

—¿Yo solo? No, digamos que hemos tenido varios ángeles de la guarda que me han dado un par de empujoncitos...

—¿Varios?

—Ya te cuento, luego ya...

Por lo que Polo me contó mi padre y su madre habían sido providenciales en su decisión.

Sí, porque contra pronóstico mi padre estaba enterado de que yo había sido prostituta desde unos días antes de venir a verme a España. Por lo visto el hombre, preocupado como estaba por mí, me puso un detective privado para saber cómo me las apañaba. Y ahí descubrió el pastel.

El estilo que demostró al no decirme nada al respecto fue soberbio... Simplemente se desplazó a mi casa y me solucionó el problema. Bastante debió sufrirlo como para compartirlo conmigo. Claro está que, cuando se enteró de nuestra ruptura, llamó a Polo para saber si iban por ahí los tiros y acertó. Él le mostró las pruebas de lo mucho que Edu me había apretado las tuercas con números, débitos y demás...

En cuanto a la guerrera de mi suegra, Paz, bien pendiente estaba ella de lo que sucedió en aquella mesa... Mejor que nadie conocía a sus hijos y la manera en la que Ricardo me miró le dio la pista. Como era más lista que el hambre, hacía tiempo que dedujo que su hijo tenía ciertos hábitos que relacionó conmigo en cuanto nos vio juntos. También debía saber que el gusto de Ricardo por mí trascendió lo sexual y que su hijo se había enamorado.

Mis idas y venidas constantes al baño aquella noche fueron el detonante final para saber que allí se estaba cociendo algo... ¡Y que no era cualquier cosa!

Habló con sus dos hijos y, con respecto a Polo, le hizo ver que el pasado debía quedar en el pasado y que lo único importante era la forma en la que yo lo quería y la vida tan bonita que podíamos tener por delante.

Por muchos años que pasaran, yo no podría olvidar lo mucho que contribuyó a nuestra

unión...

Aquella noche resultó increíblemente preciosa. Comprobé encantada que mi padre y Águeda no podían estar más unidos y que además en aquel país estaban arropados por un numeroso grupo de amigos que habían hecho durante su estancia allí.

Era mucho el tiempo que debíamos recuperar como familia, pero todo apuntaba a que así sería, que tendríamos muchas ocasiones de estar todos juntos.

—Estas Navidades las pasamos en Disney—le advertí con el dedo a Polo mientras estábamos cenando.

—Claro que sí y las siguientes aquí en Suiza y...

—Y las siguientes a esas en el Caribe—puntalicé pensando que esas sí que serían divertidas.

—Aunque lo mismo hay que volver por medio a París para recoger el encargo de la cigüeña, que nunca se sabe...

—Mira lo lanzado que va. Si, además, la cigüeña te los lleva ahora a domicilio...

—¿Tele cigüeña? ¿Eso existe?

No paramos de decir chorradas mientras nuestras manos se unían por debajo de la mesa.

El caso es que, cuando se me cayó un cubierto y me agaché a cogerlo, vi que nuestras manos no eran las únicas que estaban entrelazadas, pues las de Sofía y su piloto, que se llamaba

Hans, también lo estaban.

Le guiñé el ojo a mi amiga y ella hizo lo mismo conmigo. Si yo hubiera podido elegir un final para aquella noche, sin duda, que hubiera sido aquel...

Lo mejor es que mi particular boxeador, quien ya tenía el ojo mucho mejor, y yo, teníamos un fin de semana espectacular por delante junto con Eric... ¡La boda de mi padre y la marquesa! Parecía un poco de chiste, pero no era así...

El sábado amaneció cayendo chuzos de punta, pero la alegría desbordante de todos nosotros hizo que nos importara un bledo...

—Novia mojada, novia afortunada—le recordé a Águeda cuando ambas nos fundimos en un abrazo al salir de la iglesia.

Como lo prometido era deuda, yo actué como su dama de honor y Eric portó las alianzas. Mi niño lo tomó como una cuestión de estado y lo hizo de cine, por lo que mi padre estaba que no cabía en sí de gozo. Por eso y porque por fin contaba con toda su familia unida.

—Yo quiero una de estas—me dijo Polo cuando nos sirvieron la tarta, horas después, tras un almuerzo de cuentos de hadas.

—¿Una tarta? Pues nada chico, en cuanto lleguemos a Madrid yo te encargo una para ti solito en la pastelería que acaban de abrir en el barrio.

—No me has entendido, yo quiero una boda...

—¿Una boda?

—Sí, no te asustes, todo a su debido tiempo, pero te prometo que voy a lograr que estés loca por casarte conmigo. Yo quiero que me mires como Águeda mira a tu padre, ni más ni menos.

Le pregunté a Polo si llevaba lentillas porque igual es que tenía mal la vista... Yo ya lo miraba así, estaba loquita por sus huesos.

Lo que decía de la boda me resultaba de lo más divertido, aunque a juzgar por la rapidez con la que lo planteábamos todo, lo mismo me lo pedía en dos meses, que con nosotros todo podía pasar...

Lo que pudimos bailar, reír, beber y disfrutar aquella tarde no estuvo ni en los escritos...

Al día siguiente mi padre y su ya mujer partían de luna de miel y el resto nos quedamos a disfrutar de la ciudad.

—Me encantaría que María estuviera aquí y que pudiera ver este sitio tan bonito—nos confesó Eric.

—¿Y eso, pillín? —le pregunté yo.

Acabáramos, parecía que no era solo María quien estaba pillada por él, sino también al contrario...

—Porque yo quiero que ella me mire algún día como tú miras a Polo...

Otro con la misma canción y que tampoco se había enterado de que ya la tenía en el bote. Huy, huy, qué líos de familia íbamos a tener. Y eso era solo el comienzo. La tita Sofía se rio de lo lindo al escucharlo, tanto que Hans tuvo que sujetarla porque no se tenía en pie... Sí,

Hans se quedó con nosotros también el fin de semana y al saber hasta cuándo...

Epílogo



8 meses después

—“*Del Caribe la traigo yo...*”—volvíamos a cantar Paz y yo al verano siguiente.

Y sí, lo hacíamos en el Caribe, el mejor de los escenarios, y en un día totalmente señalado para mí y para Polo; el de nuestra boda.

No me equivoqué mucho en mi pronóstico, no... Tardó justamente tres meses en pedírmelo y lo hizo de una forma muy original.

Resulta que me dijo que esa noche darían una noticia bomba y que tenía que verlo en directo. Justo estaba hablando de diversos temas de política cuando hizo una pausa.

—“Señores y señoras, ahora van a tener que disculparme porque debo dar otra noticia... Una que va a cambiar el curso de la historia para mi chica y para mí, porque tengo que hacerle una petición que espero acepte. Se llama Dafne y, perdonen que les diga, pero es única. Por esa razón, no hay ni un solo día de mi vida que no desee pasar con ella. Y cuando eso ocurre, solo puede tener un desenlace; va por ti, nena, ¿te quieres casar conmigo?”

Esas últimas palabras me llegaron desde la espalda. Me volví y allí estaba él... El muy bandido me había dejado programada una grabación para que saltara a las nueve y yo creí que toda España nos estaba escuchando.

—¿Qué me respondes? —me preguntó mientras me abrazaba a él diciéndole que me la había dado con queso.

—¡¡¡Que eres único y que claro que me quiero casar contigo!!!

—Pues entonces, nena, ¿qué te parece si lo hacemos en el Caribe?

Qué me iba a parecer; la mejor de las ideas. Por muchos lugares en los que hubiera podido pensar ninguno habría tenido el encanto de aquel.

Habíamos llegado dos días antes con toda la prole; mi padre con Águeda, Ricardo (con quien su hermano se reconcilió y nos llevábamos genial), Sofía con Hans (que también se habían prometido) y un buen puñado de amigos entre los que destacaban Trini y Jorge, mis compañeros de trabajo, que seguían siendo piezas esenciales de mi vida.

Hasta Evaristo, mi jefe, se había venido, lo que provocó que a la envidiosa de Tamara le llegaran los dientes hasta el suelo. Pero a esa no la llevaba yo a mi boda ni con un bozal, vamos...

Ni que decir tienen que los pequeños protagonistas de la ceremonia iban a ser nuestros niños, Eric y María, que se lo estaban pasando en grande desde nuestra llegada.

Paz y Joaquín estaban exultantes. Se habían esmerado mucho con los preparativos y la boda se celebraría en su velero, que era una cucada... aunque el convite sería en tierra, pues allí estaríamos como sardinas enlatadas.

Lo más gracioso del caso es que la oficiaría la misma Paz, ya que ella se autoproclamaba capitana del velero, algo a lo que Joaquín asentía totalmente; pues él decía que donde

mandaba capitán no lo hacía marinero y que el marinero era él.

Me vi preciosa con mi vestido informal de estilo ibicenco igual que el resto de los asistentes. No podía existir en el mundo un ambiente más ideal para celebrar ese evento que tanta ilusión nos hacía.

Por expreso deseo de nuestra capitana, todos subimos a bordo descalzos, por lo que no puede decirse que gastáramos mucho en zapatos para la boda.

Las alianzas las portaban Eric y María, que muy metidos en su papel, no se soltaban de las manos. Creemos que eso les vino sensacional, pues estaban deseando cogerse así desde hacía tiempo y no sabían con qué excusa hacerlo.

La cara que pusieron los dos al escuchar lo de “en la riqueza y en la pobreza” fue para enmarcar...

—Pero ¿no os habéis casado para darnos un hermanito? —Interrumpieron a la abuela Paz y ella les indicó con el dedo en los labios que debían guardar silencio.

Imposible porque los dos estaban totalmente revolucionados, por lo que no tardé en saltar yo.

—Bueno, lo mismo para eso no haría falta, porque el hermanito ya viene en camino, niños...

—¡¡¡¿¿¿Qué dices, amor mío???!!!

—Lo que escuchas, Polito, lo que escuchas...

Yo lo sabía desde una semana antes y estaba buscando el momento para soltarlo. Aquel me pareció inmejorable y todos los asistentes rompieron a aplaudir como locos...

—Un momento, un momento, que tenemos que terminar con la ceremonia antes de empezar a cantar y a bailar—advirtió Paz que no veía la forma de continuar, pues la algarabía que se formó fue tremenda.

—La que has liado, amor mío, soy el hombre más afortunado del mundo, ¿tú ves esto?

Los niños chillaban, cantaban, saltaban y se abrazaban, mientras los mayores seguían aplaudiendo y silbando.

En todos los rincones de aquella cubierta no se veían más que gestos de felicidad. Fue el momento en el que supe que la verdad tiene un precio, que a veces puede resultar caro, pero que es necesario pagar.

Solo con verdad y no con mentiras podía en ese instante mirar a Polo y saber que todo lo que el destino nos tenía deparado era maravilloso...

Comenzaba un día para el recuerdo en el que, además, hice público que, de cuatro, pasaríamos a ser cinco...

Polo me besaba sin cesar de madrugada en la cubierta del velero, que Paz y Joaquín nos cedieron para nuestra noche de bodas.

Tumbados en cubierta bajo el cielo estrellado veíamos aquellas palmeras que se asomaban al mar... Un mar que para nosotros estaba lleno de buenos augurios.

En el Caribe comenzaba un matrimonio que ambos deseábamos que fuera eterno. Atrás

quedaron unos comienzos difíciles que habían hecho nuestra relación mucho más fuerte. Ya tenía mi Polo más noticias que contar en directo si quería gastarme otra bromita de las tuyas. Y ya estaría yo dispuesta a reírme con él como lo había hecho desde el día que nos conocimos.